

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Blanca paloma de la paz

Brigitte es como una paloma de la paz, que jamás desdeñaría cualquier oportunidad ni regatearía ninguna clase de esfuerzos o peligros con tal de, por lo menos, evitar más guerras. Desde luego, la más infalible trampa que se podía tender a la agente Baby sería siempre la de asegurarle que ella podía hacer algo por la paz. En esas ocasiones, fuese cual fuese el peligro, por mucho que el asunto oliese a trampa, la agente Baby volaría hacia donde se la hubiese requerido.



Lou Carrigan

Blanca paloma de la paz

Brigitte en acción - 101

ePub r1.0
Titivillus 11.09.2017

Lou Carrigan, 1969
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—*Signore, signore…!*

Número Uno, el más consciente, inteligente y sobrio espía internacional de todos los tiempos, alzó vivamente la cabeza y se quedó mirando la puerta de su despacho, instalado en la parte Oeste de la villa de su propiedad, con vistas a los pequeños pero hermosos jardines. La villa estaba muy cerca de La Valetta, en la isla de Malta, como suspendida en aquella colina, sobre el azul Mediterráneo. Y su nombre era «Villa Tartaruga».

Después de los gritos proferidos por *Mamma Maria*, la puerta del despacho se abrió, impetuosamente, y la rolliza, sonrosada y muy saludable María apareció en ella, agitada, con los ojos brillantes, muy abiertos. Sus grandiosos senos de matrona italiana entrada en años subían y bajaban con la potencia de una formidable salud, que servía para conservar de modo sorprendente la ya lejana belleza de *Mamma* Maria.

—*Signore*! —volvió a gritar.

Número Uno se quitó el cigarrillo de los labios, lo dejó en el cenicero, junto a la máquina de escribir en la cual había estado trabajando, y sonrió tenuemente. Impecable con su bata a delgadas rayas negras y azules, correctamente peinado y rasurado, agudo el mentón, siempre atentos los inteligentes ojos negros, Número Uno era la auténtica y completa representación del hombre viril y apuesto, pero en serio, sin las estridencias y fanfarronadas de algunos galanes de cine, sin proponérselo. Simplemente, él era viril y apuesto…, y era imposible no darse cuenta de eso.

—Cálmate, *mamma,* María… ¿Qué ocurre?

—¡*Signore*, ella está aquí! —jadeó María.

El rostro de Uno acusó una leve crispación; por sus ojos pasó un ardiente destello de esperanza.

—¿Quién está aquí, María? —inquirió con sosiego, empero.

—¡Ella! ¡La mujer de los ojos como el cielo, *signore*! ¡La señorita Brigitte!

Uno tomó su cigarrillo y dio una lenta chupada, sin que su rostro se alterase ya.

—Debes estar confundida —musitó.

—*¡Signore*! —protestó María—. *¡Oh, signore, prego…!* ¡No es posible confundir a la señorita Brigitte con otra mujer, porque no hay nadie como ella en el mundo! *¡Signore,* le juro que es ella! ¡Ha llegado en un taxi de La Valetta, la he visto por entre las verjas, estaba pagando al taxista, y luego…!

No muy lejos de allí, en la calma de la tarde soleada, se oyó el sonido de una campanilla, que tanto Uno como María conocían muy bien.

—Ve a abrir, María.

—*¡Signore,* es ella, se lo juro!

—Pues no la hagas esperar —sonrió el espía independiente.

María salió a toda prisa del despacho, mientras Número Uno, calmosamente, apagaba el cigarrillo. Luego, fue también hacia la puerta del despacho, salió al corto pasillo y por allí llegó al gran *living,* cuyos ventanales de la izquierda daban a la entrada a la villa. El espía se colocó allí y, a través de los cristales, vio a *mamma* María abriendo ya la verja. Al otro lado se veía, efectivamente, un taxi de La Valetta; y entre el vehículo y las verjas, al taxista, con una maleta en cada mano.

Junto él, una mujer. Una mujer de largos cabellos negros, ataviada con un elegante y a la vez sencillo vestido de tarde, de color oro viejo y zapatitos de fino tacón. En el acto destacaban sus grandes ojos, su bellísima elegancia, su porte señorial en una figura perfecta, esbelta, de proporciones que eran todo un conjunto de arte. En la manita izquierda, la visitante sostenía un maletín de fondo rojo, con estampaciones que muy bien podían ser florecillas azules…

El espía permaneció impasible, mirando a la mujer. Impasible en apariencia, al menos. Pero, bruscamente, un estallido de calor había brotado en su pecho, y el corazón, por un instante, pareció dispuesto a pararse para siempre. Eso fue todo. Y eso era lo único que podía alterar en todo el mundo la pétrea impasibilidad de Número Uno, que suspiró profundamente. La recién llegada entró

en la villa, seguida por el taxista. Caminaron por el bonito sendero bordeado de flores y palmeras, hacia la casa. *Mamma* María parecía rodar junto a la majestuosa visitante, que sonreía amablemente, cariñosamente, escuchando a la excitada ama de llaves del espía… Luego, ya más cerca los tres, la voz de la visitante, en italiano, llegó hasta Número Uno como un cálido viento perfumado. Segundos después, dejaba de ver a las tres personas, al llegar éstas al porche. Y casi en seguida, vio al taxista, regresando a su vehículo. Finalmente, los pasos sonaron dentro de la casa, y Uno fue hacia la puerta del *living*, sin prisas, inalterable.

—*¡Signore, signore…!* ¡La señorita…!

Aparecieron las dos en la puerta del *living*, y *mamma* María se calló bruscamente al ver allí a Número Uno. La visitante se detuvo, y sus azules ojos, grandes y bellos como el mismísimo cielo, parecieron clavarse en los negros y duros del espía.

—Gracias, *mamma* María… —susurró Uno—. Puedes retirarte. Ocúpate de colocar adecuadamente el equipaje de la señorita Brigitte.

—Sí… Sí, *signore*, sí… ¡Ya le dije que era ella!

Mamma María desapareció y Brigitte Montfort acabó entonces de entrar en el *living*. Se detuvo delante de Uno, y estuvo unos segundos mirando aquellos profundos, duros ojos negros; y la recia barbilla aguda, la despejada frente, el nervudo cuello, la gran boca que parecía de piedra…

—Tienes algunas canas —musitó.

—Yo soy una persona normal… —sonrió él—. Voy envejeciendo al paso del tiempo; y treinta y seis años de vida peligrosa son suficientes para tener algunas canas. Pero si no te gustan, me las teñiré.

Brigitte rió dulcemente y besó la barbilla de Uno.

—Sabes que no soportaría eso en ti, Uno. Además, es verdad que los hombres estáis más… atractivos e interesantes con algunas canas en las sienes. En cambio, las mujeres estamos horribles.

—No te preocupes. Tú no tendrás nunca. No eres normal… Van pasando los meses, los años… y tú estás siempre igual.

—¿De fea o de bonita?

Uno sonrió.

Por fin, ella se separó, y suspiró profundamente, lentamente.

—Tenía miedo de no encontrarte aquí.

—Bien… —sonrió él—. Ya sabemos algo que puede atemorizar a la agente Baby: no encontrar a Número Uno.

Ella rió dulcemente. Se desasió del abrazo, tomó una mano de Uno, la besó y luego tiró de ella, llevando al hombre hacia el sofá. Se sentaron los dos muy juntos, sin que Brigitte hubiese soltado la mano grande y nervuda del espía. Volvió a mirar fijamente los negros ojos.

—¿Estás bien, Uno? —musitó.

—Como siempre.

—¿No te han herido últimamente?

—No. A la gente como nosotros dos, se la puede cazar y torturar o matar… Siempre se tienen fallos. Pero herirnos requiere una rapidez de reflejos que los demás espías del mundo no tienen.

—Estás de buen humor —sonrió ella.

—Te equivocas… No estoy de buen humor, sino feliz.

—Me alegro… ¿Has hecho algo importante últimamente?

—Siempre hago algunos trabajos… Afortunadamente, Número Uno tiene un sólido prestigio en el mundo del espionaje. De cuando en cuando, alguno de mis amigos me avisa de que determinadas personas quieren ofrecerme un trabajo, voy allá y lo hago. Dos de los últimos han sido de considerable envergadura… Y algunos han consistido en espionaje industrial. Son trabajos muy bien pagados…, pero me gustan más los otros. ¿Has venido a pedir mi colaboración para alguno de tus… espectaculares *affaires*?

—No. Solamente a verte.

—Yo… me enteré de tu coronación. Fue algo increíble, ¿no es cierto?[1]. Aunque imagino que detrás de todo aquello habría alguno de los insuperables trabajos de Baby.

—Algo hubo, pero te lo contaré en otro momento… No me gusta que desvíes la conversación, Uno. He dicho que he venido solamente a verte, y te pones a hablar… de tonterías. ¿Por qué?

—Quizá porque no quiero alegrarme demasiado. Si dices que estás en Malta solamente para verme a mí, me siento demasiado feliz para soportar luego la separación. A menos… —Uno bajó la voz— a menos que hayas venido para quedarte.

Brigitte movió negativamente la cabeza, y luego besó dulcemente a Número Uno.

—No. Lo lamento, querido. En realidad, estoy de paso… Todo lo que he podido conseguir ha sido salir un día antes de la Central, para pasarlo contigo. Sabes muy bien gustosamente me quedaría, pero no puedo.

—¿No puedes?

—Todavía tengo fuerzas para hacer mucho trabajo en este feo mundo.

—Bien… —sonrió Uno—. Supongo que no debo ponerme triste. En realidad, así has sido siempre. Tengo tu amor, lo sé. Y sería demasiado egoísmo por mi parte pedir más.

—Si estás esperando que te diga que te amo —sonrió Brigitte—, no hay nada más fácil para mí. Te amo, Uno.

Era sencillo para ellos comprenderse. Volvieron a besarse, y luego Uno quedó con el rostro de Brigitte entre sus manos, mirando intensamente los más bellos ojos del mundo.

—¿Cuánto tiempo estarás conmigo?

—Doce horas. Tengo que salir mañana hacia París… Supongo que doce horas te parece muy poco.

—Muy poco… y mucho. Según cómo se mire. Doce horas contigo llenan mi vida más que un año sin ti. Como diría Einstein, todo es relativo.

—Es muy fácil amarte, Uno —sonrió ella—. Te aseguro que no es ningún mérito por mi parte. Más bien, por la tuya.

—Sí… —sonrió él ahora—. Debo ser un tipo muy especial para que la agente Baby me ame. Bien… Has dicho doce horas… Cenaremos, charlaremos de todo un poco… Estoy seguro de que *mamma* María ha comprendido ya que hoy es día de fiesta en «Villa Tartaruga». Y por supuesto, las guindas y el «Perignon Cincuenta y Cinco» están ya en el frigorífico, en abundancia. ¿Sales hacia París en el avión de las ocho?

—Sí.

—Te llevaré con mi coche. ¿A qué vas a París? ¿O no puedo saberlo?

—No seas tonto… —Ella volvió a besarle una mano—. ¿Quieres alcanzarme mi maletín?

Número Uno fue a buscarlo, a la entrada del *living*. Cuando Brigitte lo tuvo en sus manos, lo abrió y sacó un sobre azul, del cual extrajo un papel, que tendió a Uno.

—Es una fotocopia del mensaje que se recibió en la Central de la CIA, en Langley. Llegó en dos sobres. El primero de ellos iba dirigido nada menos que a la Casa Blanca. Y dentro de ese sobre, había otro, dirigido a la CIA Y dentro de ese sobre, este mensaje, del cual tienes en tus manos la fotocopia. Está en ruso, pero ya sé que no necesitas una traducción.

Efectivamente, Número Uno no necesitaba ayuda de nadie para entender perfectamente aquel mensaje escrito en ruso, que una vez traducido quedaría así:

«Si a Estados Unidos le interesa realmente la paz en Vietnam, la CIA puede contribuir a ello enviando a París a la agente Baby, de la cual, ya sea oficial o extraoficialmente, solicitamos ayuda. La esperamos el día 5 de noviembre, a las cinco de la tarde, en los Jardines de Versalles, junto a la Fuente de Apolo. Nuestro hombre llevará un ejemplar de Paris-Match bajo un brazo. No es una trampa».

—Asombroso —musitó Número Uno.

—Eso pensamos allá, querido.

—Naturalmente, es una trampa, aunque ellos indiquen lo contrario. Me parece una locura que te hayan dejado venir a Europa en estas condiciones de contacto. Pero no me extraña nada que haga la C. I.A…

—La verdad es que tuve que convencerles para que me dejasen venir —sonrió Brigitte.

—Entiendo. Estás diciéndome que si no te lo hubiesen permitido oficialmente, habrías venido por tu cuenta.

—Exactamente, mi amor.

—Es una locura… Iré contigo.

—No.

—Escucha: sé que no has venido a pedirme ayuda, sino realmente a pasar unas horas conmigo. Jamás me has mentido, y para pedirme que te acompañe no necesitas mentir… Pero yo quiero ir contigo.

—¿Cuándo dejarás de preocuparte de mí? —sonrió de nuevo la más astuta espía del mundo.

—Cuando te tenga para siempre a mi lado. Brigitte, mi amor, tú sabes que si te matasen, a mí ya no me importaría nada. Esto es una trampa… Las pequeñas contrariedades o sucesos de cualquier clase

en nuestras vidas no tienen la menor importancia. En realidad, ni siquiera las ausencias… Nuestra mentalidad es demasiado íntegra para que sean afectadas por cosas humanas. Somos… dos bichos raros que saben amar con toda sinceridad aunque de un modo muy especial. Todo cuanto nos ocurra, todo cuanto hagamos uno u otro, no nos afecta en nada, porque seguimos siendo íntegramente los mismos. Jamás te he reprochado nada, ninguno de tus recursos para conseguir tu objetivo… Sé que eso sería impropio de nosotros. Pero déjame que en todo momento tenga la seguridad de que estás viva, de que en cualquier momento, como hoy, puedes aparecer en «Villa Tartaruga», o que puedo encontrarte en «Crystal Building», en Nueva York… Sólo eso, amor.

—No. Si es una trampa no quiero que caigamos los dos en ella. Uno, he venido para ofrecerte mi amor durante doce horas. Sólo a eso.

—Quizá esta vez te maten.

Brigitte rodeó con sus bracitos el cuello del espía.

—Es posible… —musitó—. Y por eso mismo, amémonos como si fuese una despedida… definitiva. Tenemos que hacer los honores a la cena de *mamma* María. Luego nos quedaremos solos… Solos en el mundo, mi vida, pensando solamente en nosotros mismos. Ni siquiera necesitamos hablar. Y mañana nos diremos adiós…, que seguramente será hasta pronto.

—No eres razonable, Brigitte —susurró Uno.

—Pero te amo…

Lo dijo con aquella dulzura de amor que era, realmente, lo único bueno que Número Uno, el solitario y traicionado espía, tenía en su vida.

* * *

Se apartó, sonriendo.

—¿Eres feliz? —preguntó.

—Lo he sido durante doce horas. Ya no.

—No me gusta que seas tan sombrío —reprochó dulcemente ella —. Me gustaría despedirme de ti con una sonrisa. Y no tenemos mucho tiempo, pues el avión está esperando.

Uno miró hoscamente hacia el aparato que pocos minutos

después despegaría de la Valetta, con destino a París. El resto de los viajeros se apresuraban ya, ansiosos de emprender el viaje.

—Todavía podría arreglármelas para adquirir un pasaje. Tengo buenos amigos en…

—No… Por favor, querido, no insistas.

—Como quieras. Pero tampoco insistas tú en que yo sonría.

—¡De acuerdo! —rió Brigitte.

—Adiós.

—Es mejor decir «hasta pronto». Y… gracias, Uno.

Brigitte sonrió, acariciando dulcemente la áspera mejilla del espía.

—Como diría Einstein —parodió a Uno—, todo es relativo, amor. Debo marcharme ya…

Lo volvió a besar, dio media vuelta y se reunió con los demás pasajeros de su vuelo con destino a París.

Unos minutos después, en el borde de la pista, Número Uno, sombrío el gesto, veía elevarse y alejarse el avión que se llevaba lo único que realmente amaba en la vida y de la vida. Igual que un gigantesco gavilán que se hubiese metido en el buche una dulce paloma.

Cuando ya en su auto deportivo, el espía solitario regresaba hacia «Villa Tartaruga», todavía tenía en la mente el mismo pensamiento: una paloma embuchada por un feroz gavilán. Una paloma que jamás desdeñaría cualquier oportunidad ni regatearía ninguna clase de esfuerzos o peligros con tal de, por lo menos, evitar más guerras. Desde luego, la más infalible trampa que se podía tender a la agente Baby sería siempre la de asegurarle que ella podía hacer algo por la paz.

En esas ocasiones, fuese cual fuese el peligro, por mucho que el asunto oliese a trampa, la agente Baby volaría hacia donde se la hubiese requerido.

Igual… Sí: exactamente igual que una blanca paloma de paz.

Capítulo II

Se llamaba Viktor Masarian, debía tener alrededor de treinta y cinco años, era atlético, agradable el recio rostro, y vestía correctamente. Hacía ya un frío considerable a aquella hora, pero eso no parecía importarle lo más mínimo a Viktor Masarian. Se había provisto de una excelente gabardina de forro cálido, y ni siquiera el cielo gris que amenazaba lluvia parecía preocuparle en absoluto.

Un observador perspicaz se habría dado cuenta, quizá, de que, aunque el mundo se estuviese resquebrajando, Viktor Masarian continuaría paseando tenazmente alrededor de la Fuente de Apolo, hacia el centro de los Jardines del Palacio de Versalles, cuyo verdor destacaba aún más debido a la capa de nubarrones que cubría el cielo; el sol tiende a dar a todo un cierto tono amarillento, más o menos suave; pero cuando el cielo está nublado, amenazando lluvia, el verde se ve en todo su intenso y auténtico colorido. Y también las flores. Todo era paz alrededor de Viktor Masarian. Al fondo se veía el Palacio, modificado hacia el estilo clásico por Jules Hardouin Mansart durante los años de 1678 a 1708, quien creó una nueva fachada flanqueada por dos alas enormes, de modo que el palacio alcanzó así una longitud total de quinientos metros.

Detrás del palacio, ya en el exterior, estaba el gran patio de acceso a Versalles, con la estatua de Luis XIV a caballo, sobre un blanco pedestal. No cabía duda de que el Rey Sol debía encontrarse muy satisfecho allí…

Pero esto no lo veía Viktor Masarian, pues él estaba a espaldas de la fachada del palacio, que ocultaba el gran patio y al Rey Sol. Lo que sí veía era, entre la Fuente de Apolo y el palacio, otra fuente; la de Latona, madre de Apolo, acompañada de sus hijos, y vuelta hacia él, como si quisiera contemplar a su predilecto, Apolo, que a su vez miraba hacia ella desde su propia fuente, sujetando sus

cuatro caballos…

La avenida parecía difuminarse en un tono verde, debido al gran parterre central. Algunas personas, muy pocas, paseaban por allí, en aquella hora, cinco de la tarde, empequeñecidos todos al pasar junto a los grandes árboles de frondosas copas que bordean las avenidas y rodean las hermosas fuentes… Muy pocas personas.

Y, sin duda, una de las menos interesantes era la anciana vestida de negro, que caminaba lentamente, apoyándose en su bastón de puño de plata. Es decir, no era interesante para Viktor Masarian, ya que la anciana resultaba simpática y agradable. Blancos sus cabellos, haciendo lo posible por conservar el porte, señorial, viva la mirada de sus oscuros ojos tras los binóculos, era una auténtica estampa de la vieja Francia señorial.

Pero, ciertamente, la tal dama no le interesaba a Viktor, que lanzó una ojeada a su reloj, fruncido el ceño. Y al hacerlo, al mover el brazo izquierdo, casi se le cayó al suelo el ejemplar de «Paris-Match» que había estado sujetando contra el costado. Vio a la anciana acercarse lentamente a él, pero mirando hacia todos lados; se fijó entonces en que ella llevaba un maletín forrado de raso negro en la mano izquierda, pero tampoco así despertó la anciana el interés de Viktor Masarian.

Sin embargo, sí lo despertó, y muy vivamente, cuando la anciana se detuvo descaradamente delante de él, sonrió y preguntó:

—Jovencito: ¿me está usted esperando?

La pregunta fue hecha en impecable francés, con un ligero tono de voz un tanto caduco, propio de la edad. Viktor Masarian parpadeó, en verdad sorprendido, pero se recuperó rápidamente, sonrió y contestó, también en impecable francés:

—Perdone, *madame*… Temo que se está confundiendo. No la conozco a usted.

—Oh… Eso es fácil de arreglar, jovencito. Mi nombre es Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

Masarian miró inquieto a su alrededor.

—Es un placer, *madame*… Un gran placer, se lo aseguro, pero deberá disculparme. Estoy…

—Es usted muy descortés, mi joven amigo —dijo entonces la anciana, en ruso—. O muy poco perspicaz. Últimamente vengo convenciéndome de que los agentes de la MVD son cada vez

menos… ¿cómo diría yo…?, menos agudos.

Ahora sí. Ahora, Viktor Masarian quedó boquiabierto por la sorpresa y, por fin, el ejemplar de «Paris-Match» cayó al suelo, junto a sus pies. La sorpresa era tal que el ruso no podía pronunciar una sola palabra. *Madame la Duchesse de Montpelier* señaló la revista con su bastón.

—No pierda nuestra contraseña, jovencito —siguió hablando en ruso.

Viktor se inclinó rápidamente a recogerla. Luego, todavía atónito, se quedó mirando a la anciana.

—¿Quién… quién es usted? —murmuró, también en ruso.

—No me diga que además de poco agudo es usted también sordo, jovencito. Ya le he dicho mi nombre: Annette Simonet, duquesa de Montpelier. ¿No le convence mi nombre? ¿Lo cree falso?

—¿Es usted… Baby, de la CIA?

—¡Bien! —exclamó la anciana, clavando sus negros ojos en los azules de Masarian—. Parece que va entrando en situación, finalmente. ¿Cómo debo llamarle a usted?

—Viktor… Viktor Masarian… ¡Pero usted no puede ser la agente Baby!

—Discutiremos más tarde acerca de su incredulidad, *tovarich* Masarian. ¿Cómo van las cosas por la Madre Rusia? ¿Bien? Supongo que sus envíos de armas a Vietnam siguen siendo productivos, y que aún conservan la amistad con los árabes a pesar de mantener relaciones comerciales con Israel… Ustedes son en verdad asombrosos. Pero quizá no tanto como los británicos con el asunto de Biafra. Por un lado, envían armas; por otro lado, medicamentos y provisiones de boca. Que yo recuerde, nosotros, los norteamericanos, no hemos dado nunca unas muestras tan claras de hipocresía, de tener dos caras a cuál más fea. Pero dejemos eso… ¿Qué está tramando ahora la MVD en París, estimado colega de espionaje?

Estupefacto, Viktor Masarian tardó todavía unos segundos en reaccionar.

—No es propiamente la MVD quien está tramando algo, *madame*.

—¿Propiamente? —Frunció el ceño la anciana.

—Eso he dicho, *madame*.

—Bien… Paseemos, mi joven amigo. Y no me llame *madame*. Es suficiente que me llame Baby.

—Usted no es Baby. No puede serlo.

—*Ah… ¿De modo que ahora sí quiere ser* perspicaz? Muy bien, lo dejaré a su elección, señor Masarian. Sin embargo, crea o no crea que yo soy Baby, ése es el nombre que deberá darme a partir de ahora. ¿Está claro?

—Desde luego.

—Muy bien. Y otra cosa: ¿cómo puede usted asegurar que yo no soy Baby? ¿Acaso tienen alguna descripción mía, o alguna fotografía…?

—No, ciertamente. Pero todos los indicios señalan que Baby es una mujer muy joven y hermosa.

—¿Eso es todo lo que saben de mí en la MVD? —rió ella.

—Por ahora, sí.

—¡Estupendo! Eso me tranquiliza en verdad. Pero me obliga a insistir en lo que antes dije: la MVD va perdiendo perspicacia. ¿No se les ha ocurrido nunca pensar que Baby puede no ser una sola persona?

—¿Cómo? —exclamó Masarian.

—Quiero decir que puede que Baby sea yo, y, al mismo tiempo, es posible que Baby sea otra persona, y otra, y otra… No hace falta ser demasiado listo para comprender que Baby podría ser, quizá, el nombre común que utilizan diversos agentes femeninos de la CIA Uno de esos agentes puedo ser yo; otro, una dulce jovencita rubia; otro, una señora de mediana edad; otro, una chica pelirroja, de grandes ojos verdes llena de vitalidad y hermosura… Y todas, siempre, actuando con el nombre de Baby… ¿Lo comprende? ¿Sí? Pues bien: en esta ocasión, me ha tocado a mí ser Baby, mientras la dulce jovencita rubia, la señora de mediana edad, y la hermosa y llamativa pelirroja están descansando… o realizando cualquier otro trabajo en otra parte del mundo… y haciéndose llamar también Baby. ¿*Okay,* señor Masarian?

—Lo que usted dice… es imposible… ¡Imposible!

—Quizá. Pero eso explicaría la gran efectividad de Baby en sus trabajos en todo el mundo, y el hecho, que usted no puede discutirme, de que jamás haya sido atrapada ni identificada. Quiero

decir, naturalmente… —sonrió la anciana —que nadie que la haya atrapado e identificado ha vivido lo suficiente para ir a contárselo a la MVD.

—Mire, *madame*, su conversación es amena, muy distraída, lo admito. Pero lo que yo quiero es una entrevista con Baby. Con la única y auténtica Baby.

—Si usted se obstina en no sincerarse conmigo, señor Masarian, mucho me temo que jamás verá a la Baby que usted elegiría. Puede usted aceptar este contacto o dejarlo. Pero, por favor, tome pronto su decisión: empiezo a sentir un poco de frío. ¿Y bien?

—Bueno… No sé… De un modo u otro, aunque usted no sea Baby, es evidente que lo que yo le cuente llegará a oídos de ella, ¿no?

—Sin lugar a la menor duda. Pero insisto en que caminemos… Son unos hermosos jardines, ¿no está de acuerdo? Hacía mucho, muchísimo tiempo que no los visitaba. La última vez fue en… Oh, pero vayamos al asunto, ¿no le parece? Veamos: ¿qué es lo que está ocurriendo para que ustedes hayan tenido la desfachatez de llamarme, de citarme en París? O, más concretamente, claro, en Versalles. Bien: ¿qué ocurre?

—Es respecto a la guerra en Vietnam.

—Sí, sí… Ya decía eso su mensaje, señor Masarian. Pero me pregunto qué están tramando ustedes.

—Sólo estamos tramando que las conversaciones de paz que se están llevando a cabo en París terminen bien. Al menos, pacíficamente, *madame*.

—¿De veras? —La anciana lo miró asombradísima—. ¿Acaso hay algún riesgo de que esas conversaciones terminen… belicosamente?

—Si asesinan a los representantes de cada bando, es posible que surjan muchísimas complicaciones. ¿No lo cree así?

Annette Simonet, duquesa de Montpelier, se detuvo en seco y se quedó mirando fríamente al espía ruso.

—¿Qué está usted diciendo? —musitó.

—Lo entenderá con pocas palabras… Aunque creo que ya lo ha comprendido usted. Hasta ahora, las conversaciones eran dirigidas por el señor Harriman, de Estados Unidos, y Xuan Thuy, de Vietnam del Norte. Y ayer, por si esto fuera poco, llegó la señora Nguven Thi

Binh, miembro del comité central del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, para poner su granito de arena en beneficio de un acuerdo conveniente para todos. El presidente de Vietnam del Sur, señor Van Thieu, se niega a acudir a las conferencias de París… y es posible que eso le salve la vida. Cuando le enviamos a la CIA el mensaje, la señora Thi Binh aún no había llegado a París, de modo que solamente el señor Harriman y el señor Xuan Thuy estaban amenazados de muerte. Ahora, ya son tres los… candidatos a ser asesinados.

—¿Estás usted hablando en serio, señor Masarian? —musitó la anciana—. ¿Está diciéndome formalmente que pretenden asesinar a Harriman, Xuan Thuy y a la señora Thi Binh, a fin de impedir esas conversaciones de paz en Vietnam?

—Exactamente. Puede ocurrir en cualquier momento. Y yo creo que aún no ha ocurrido porque esperan que venga el señor Van Thieu, de Vietnam del Sur. Así, los matarán a los cuatro de una vez. Aunque no hay que destacar la posibilidad de que se decidan a eliminarlos uno a uno, en sus respectivos alojamientos… Sin embargo, insisto, lo más probable parece que será esperarlos a la salida de la próxima reunión en el Centro Internacional de Conferencias de París.

—¿Y cómo piensan hacerlo?

—No lo sabemos. Quizá utilicen armas largas, manejándolas desde lejos. O pistolas. Lo más presumible, de todos modos, es que opten por la utilización de algunas bombas de considerable potencia. Son más seguras para producir la muerte en muchos metros a la redonda.

—Pero eso., significaría no sólo la muerte de los personajes directamente interesados, sino de muchas personas más: secretarios, fotógrafos, periodistas…

—Evidentemente. Pero aparte de ese asesinato en masa, usted ha comprendido, sin duda, lo que significaría, con respecto a la guerra de Vietnam, que el señor Harriman, el señor Xuan Thuy, y posiblemente la señora Thi Binh, fuesen asesinados en París, a su salida de una de las conversaciones para conseguir la paz. Sería un auténtico desastre internacional, que podría dar lugar, sin lugar a dudas, a un empeoramiento de la guerra de Vietnam… Y presumiblemente, esa guerra se extendería con toda rapidez a todo

el mundo. Ese es el motivo por el que hemos decidido recurrir a usted… A Baby, quiero decir.

—Pero no comprendo… ¿Por qué quieren que intervenga yo? Señor Masarian: ¿no es cierto que usted pertenece a la MVD rusa?

—Completamente cierto, *madame*.

—¿Y no pueden ustedes resolver solos el asunto? Oh, vamos, no puedo creer eso, compréndalo.

—Comprendo muy bien su desconfianza. Parece que la MVD, a solas, podría solucionar este asunto, pero nos ha parecido más conveniente, desde todos los puntos de vista, tener la colaboración de Baby.

—¿Por qué? Sigo sin entenderlo, señor Masarian.

—Los motivos son dos. Uno, realmente el principal, es que Baby notifique urgentemente a la CIA que la MVD propiamente no tiene nada que ver en esto, a fin de evitar posteriores choques entre los agentes de uno y otro organismo, así como facilitar las conversaciones que se sostendrían por el teléfono rojo entre la Casa Blanca y el Kremlin si el atentado llegase a realizarse con éxito. Debe quedar establecido, sin lugar a dudas, con toda honradez, que la MVD propiamente, ni ningún otro organismo ruso tendría nada que ver con ese asesinato en masa.

—Entiendo este punto. Pero, señor Masarian, usted está repitiendo demasiado eso de que la MVD PROPIAMENTE no tiene nada que ver en esto. ¿Qué indica su palabra PROPIAMENTE?

—Eso se explica en el segundo motivo por el que hemos recurrido a Baby: los hombres que están preparando ese atentado son rusos. De la MVD, hasta hace pocos días.

—¿Quiere decir que los hombres que están preparando el atentado son miembros de su servicio de espionaje, señor Masarian?

—Lo eran. Automáticamente, apenas conocer casualmente sus proyectos, la MVD se desentiende de ellos. Es más: estamos dispuestos a cazarlos… y a matarlos si es necesario. En el acto. Por eso le digo que aunque esos hombres pudieran ser relacionados de un modo u otro con la MVD, debe quedar bien claro que no será ésta, propiamente, quien haya fraguado, ordenado o dirigido semejante atentado. Tenemos la convicción de que alguien ha pagado a esos hombres para que hagan el trabajo. Pero, insisto, y usted así deberá comunicarlo a la CIA, la MVD no será responsable

de lo que ocurra. Esos hombres son unos traidores a la MVD, a Rusia. ¿Lo comprende usted?

—Sí. Lo que no comprendo es que necesiten ustedes mi ayuda para cazarlos. ¿Saben quiénes son ellos?

—Lo sabemos todo de ellos, excepto su exacto paradero actual. Los estamos buscando por París, y antes de venir aquí me consta que uno de mis compañeros había encontrado una pista. Lo llamaremos luego par saber en qué ha terminado.

—¿Cuántos son ustedes?

—Cuatro. Ellos también son cuatro. ¿Quiere usted conocerlos?

—Desde luego —aceptó vivamente la espía.

Viktor Masarian sacó un sobre de un bolsillo interior y lo entregó a Brigitte, mientras continuaba hablando:

—Detrás de cada fotografía están los nombres. Como usted comprenderá, ellos cuatro conocen muy bien el sistema de búsquedas de la MVD, de modo que tememos que sepan esconderse muy bien de nosotros… Por grotesco o paradójico que parezca, es la propia MVD quien esta vez recurre a la agente Baby de la CIA para que localice a cuatro ex agentes rusos… y los mate, si es preciso. Eso es algo que usted… ha estado haciendo muy bien hasta ahora.

Hubo un cambio de miradas casi antagónico entre la anciana y el atlético espía ruso. Luego, ella, frunciendo el ceño, continuó dedicando su atención a las fotografías de aquellos hombres. Doce fotos en total, mostrando a cada uno de los cuatro en ambos perfiles y de frente. Los nombres de los agentes traidores a la MVD eran: Sergei Vanikov, Yura Kovenko, Nikita Borianov y Mihail Seminef.

Por fin, Brigitte devolvió las fotografías a Masarian, que las guardó de nuevo en un bolsillo interior.

—¿Y bien? —musitó—. ¿Acepta ayudarnos, *madame*?

—Señor Masarian —entornó los ojos la anciana—: si usted y algunos de sus compañeros de la MVD están engañándome, y, como sospecho, todo esto es una trampa para cazar a la agente Baby, yo me las arreglaré como pueda para escapar de ella, y ya pasaríamos cuentas oportunamente. Pero si todo lo que me ha contado es cierto, tenga la seguridad de que yo voy a apoyarles hasta las últimas consecuencias. A mí me tiene sin cuidado que ustedes sean rusos si el trabajo que están ahora realizando es de verdad el que me ha dicho.

El ruso parpadeó.

—Le he expuesto con toda sinceridad los hechos que nos han movilizado a mí y a tres compañeros de la MVD Ahora, es usted quien debe decidir, *madame*.

—Ya está decidido. ¿Están ustedes instalados en París?

—Sí.

—Yo también. Será fácil ponernos en contacto cuando su compañero consiga por fin esa pista.

—Bueno… Están siguiendo varias, entiéndalo. Hay que reconocer, a pesar de las ironías de usted, que no es fácil localizar a cuatro agentes rusos que estén dispuestos a actuar por su cuenta… pagados por alguien que desde luego no es Rusia.

—Lo comprendo, desde luego —musitó la anciana.

—Quizá la localización sea laboriosa. Dígame en qué hotel está usted alojada y…

—No… —sonrió ella; abrió su maletín, y tendió un paquete de cigarrillos a Masarian—. No es precisamente tabaco americano lo que le estoy ofreciendo, Masarian.

—Buen camuflaje… —sonrió el ruso—, pero ya muy pasado de moda. ¿Quiere que la llame por esta radio de bolsillo cuando alguno de mis compañeros encuentre la pista…, si es que la encuentra?

—Exactamente. Y ahora, Masarian: ¿tiene algo más que decirme?

—No. Habrá que esperar.

—Pues lo haremos en París. Hasta la vista, colega.

—Tengo un coche fuera de los Jardines. Si quiere que la…

—Volveré a París en el taxi que me está esperando. Espero que no cometa la tontería de seguirme, Masarian.

—No lo haré. Hasta la vista… y gracias por todo, *madame*.

—Baby —corrigió una vez más la duquesa de Montpelier.

—Oh, sí… —sonrió el ruso—. Hasta la vista, Baby.

La anciana también sonrió y se alejó del ruso, volviendo frecuentemente la cabeza, muy atenta la expresión de sus astutos ojos oscuros. Y no sólo vigilaba a Masarian, sino a todo su alrededor. Pero, al parecer, nadie tenía intenciones agresivas con respecto a ella. Pudo salir tranquilamente de los Jardines, y poco después tomaba el taxi que la esperaba cerca de la plaza de entrada, con vistas a la estatua del Rey Sol.

Aparentemente, no se había dado cuenta de la presencia del hombre que había salido con ella de los Jardines, un poco retrasado, llevando unos prismáticos… Y mientras el taxi se alejaba, llevando a la anciana aristócrata hacia París, el hombre de los prismáticos regresó a los Jardines, dedicándose a pasear, en solitario, hasta que llegó la noche. Entonces, volvió a salir. Poco después, lo hacía Viktor Masarian. Y, finalmente, cerca de las siete, éste entraba en un coche situado en una zona de sombras. Dentro del coche estaba el hombre de los prismáticos, y otros dos. Los tres quedaron mirando hoscamente a Masarian.

Y fue el de los prismáticos quien gruñó:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no nos has hecho la señal?

—La cosa no va a ser fácil —musitó Masarian.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que Baby es mucho más lista de lo que nosotros queremos admitir.

—No me lo ha parecido… ¿Te has dejado engañar por el disfraz de esa vieja?

—No. Realmente, engañaría a cualquiera. Y, por supuesto, si yo hubiese visto a esa dama por la calle, jamás se me habría ocurrido pensar que no era lo que parece: una noble anciana que tiene recuerdos de otra clase de vida.

—Es obvio que esa vieja no era otra que Baby, convenientemente caracterizada. ¿O no era Baby, Viktor?

—Ella decía que sí. Lo aseguró demasiadas veces. También me insinuó que Baby no era una sola mujer, una sola agente de la CIA, sino varias. Lo cual no es descabellado.

—En resumen: tú crees que la mujer con la que has estado hablando no es Baby.

—Exacto. Creo que ella es demasiado astuta, Andrei, para acudir a semejante cita. Por tanto, ha enviado a otra persona, a una… a un pez-piloto, a examinar el terreno. Y mientras tanto, desde cualquier lugar de los Jardines, la auténtica Baby ha estado tomando nota de la situación. La vieja me ha entregado una radio de bolsillo, para que la avise cuando tengamos la pista de los cuatro traidores.

—Bueno… —sonrió secamente Andrei Vegovoi—. Será cuestión de encontrar pronto esa pista. Y esperemos que esta vez sea la auténtica Baby quien acuda a tu encuentro.

—Esperémoslo… —sonrió también secamente Masarian—. De todos modos, la vieja es simpática, chispeante, aguda… Debo admitir que ha sido un agradable paseo por Versalles.

Capítulo III

En la oscuridad de la *suite* brilló de pronto una lucecita roja, diminuta, con rápidas intermitencias. La mujer que estaba ante la ventana vio aquella luz reflejada en el cristal. La distinguió perfectamente de la gran luminaria que era París de noche, ciudad que había estado contemplando, a solas, apagadas todas las luces de la lujosa *suite*.

La mujer se volvió, caminó hacia el lecho y se sentó en el borde, tomando la pequeña radio que había sido dispuesta para dar la señal de llamada por medio de la lucecita roja en lugar del habitual zumbido suavísimo.

—¿Sí? —musitó.

—¿Baby?

—Hola, Masarian. ¿Cómo está? —saludó y se interesó, en ruso.

—Muy bien, gracias. Tenemos la pista.

—¿Definitiva?

—Eso esperamos.

—Bien… Si es definitiva, no creo que ustedes precisen mi ayuda.

—Puede no serlo. Baby, entienda que estamos luchando contra hombres que conocen todos los recursos de la MVD No podemos confiar en cazarlos sin…

—Está bien, está bien. Yo mantengo mi palabra. Iré con ustedes, pero sólo intervendré si es necesario. Esto tiene que quedar bien claro. También está claro que si sus traidores consiguen escapar, seré yo entonces quien los rastreará. ¿No fue así como lo convinimos?

—En efecto. Bien, hemos localizado a dos de ellos: Mihail Seminef y Nikita Borianov. Esperamos que podremos convencerlos para que nos digan dónde están agazapados Sergei Vanikov y Yura Kovenko.

—Sí… Podremos «convencerlos», de un modo u otro. ¿Dónde

están?

—Será mejor que usted y nosotros nos encontremos en un lugar conveniente… Ellos están en una casita de Vincennes, fuera de París. Si le parece bien, la esperamos a usted en la Porte de Vincennes… En el cruce con Boulevard Soult, a la izquierda, hay unos pequeños jardines… Estaremos allí, en un «Citroen Tiburón» de color morado. La matrícula es RAS 28 64-75… O sea, de París, naturalmente.

—Perfecto. Estaré ahí dentro de una hora.

—¿Tanto tiempo?

—París no es fácil de cruzar, Masarian. Una hora.

—Está bien… Esperemos que ese tiempo no sea aprovechado por los traidores para escapar.

—Sí… Esperémoslo.

Cerró la radio. Luego dio la luz del dormitorio, sonriendo despectivamente. Sacó una de sus maletas, y del doble fondo, una bolsa de plástico azul marcada con el número 2. Con esta bolsa, y con el maletín rojo con florecillas azules, entró en el cuarto de baño. Estuvo unos segundos contemplando sus hermosos ojos azules, sus largos cabellos negros y acabó suspirando con resignación, mientras el lavabo, obturado el desagüe, se iba llenando de agua. Hecho esto, vertió el contenido de un sobre, que dio en el acto un tono rojizo al agua. Cinco minutos después, utilizando aquella agua, había convertido en rojos sus negros cabellos. Luego se duchó, quitándose los restos del tinte rápido del rostro y del cuello. Se secó y volvió a colocarse ante el espejo. Del maletín sacó ahora una pequeña cajita metálica, que una vez abierta mostró no menos de quince pares de microlentillas de contacto. Escogió las dos verdes que hacían juego, y se las colocó cuidadosamente ante sus azules pupilas. Volvió a contemplarse, frunció el ceño, y de nuevo suspiró… Segundos después, introducía en su boca, hacia los lados, las pequeñas almohadillas de espuma, que hincharon aceptablemente sus carrillos.

Una ojeada final a la nueva mujer que aparecía en el espejo ahora, la hizo fruncir nuevamente el ceño.

A ella, lo que realmente le gustaba era actuar con su verdadero aspecto, no con el de una dama anciana o una explosiva pelirroja. Pero, en fin, el espionaje tiene estas cosas…

* * *

—Ya ha pasado la hora, ¿no? —Gruñó Andrei Vegovoi.

Masarian consultó su reloj y sonrió burlonamente.

—Faltan diez segundos exactamente. Ella es muy puntual.

—Siete segundos, ahora —dijo Vegovoi.

—Seis —sonrió Boris Tomenief.

—Cinco…

—Cuatro…

—Fijaos qué mujer —exclamó Tomenief.

—Dos…

—¡Qué barbaridad de mujer…!

—Cero —dijo Vegovoi.

La manita de la mujer que había llamado la atención de los rusos golpeó suavemente en el cristal de la portezuela de atrás. Andrei Vegovoi abrió rápidamente y se quedó mirando a la despampanante pelirroja, que sonrió y dijo:

—Si me estaban esperando a mí, ya podemos partir hacia Vincennes, caballeros.

Viktor Masarian lanzó una exclamación de auténtico estupor, y salió del coche a toda prisa, rodeándolo hasta encontrarse en el otro lado con la pelirroja, que le miró sonriente.

—¿Quién es usted? —preguntó hoscamente.

—Baby. ¿Y usted, señor?

Viktor Masarian entornó los ojos. La pregunta de la pelirroja indicaba claramente que ella no le conocía. Por tanto, no era la misma mujer disfrazada de anciana que había visto aquella tarde en Versalles. Entonces…, ¿podía ser cierto que Baby no era una sola mujer? ¿O simplemente la pelirroja era otro pez-piloto enviado por la auténtica Baby, que permanecía astutamente a la expectativa? La idea de que la espía internacional era una presa demasiado grande empezó a instalarse sólidamente en la mente del espía ruso.

—Yo soy Viktor Masarian —gruñó.

—Oh, sí… Tengo algunas referencias de usted, señor Masarian. Ya me dijeron que era muy… guapo y apuesto… Celebro comprobar que es cierto. ¿No cree que es mejor que entremos en el coche?

Andrei Vegovoi salió, de modo que la pelirroja, una vez hubieron entrado de nuevo los dos hombres, uno por cada

portezuela, quedó entre ambos. Sonreía como una niña alegre, juguetona, que lo estuviese pasando divinamente. En el asiento delantero, Boris Tomenief, al volante, se había vuelto, para contemplar a sus anchas a la invitada.

—¿Qué significa esto? —masculló irritado Masarian—. ¿A qué están ustedes jugando, señorita?

—No le comprendo, señor Masarian.

—Esta tarde vino una falsa anciana. Ahora, una pelirroja… Dos mujeres distintas en dos entrevistas.

—No, no, señor Masarian, no… Le aseguro que soy la misma. Oh, bueno, quiero decir que soy Baby, naturalmente.

—También la vieja dijo ser Baby.

—Somos la misma persona, en definitiva —continuó sonriendo la pelirroja—. ¿Por qué se complican tanto la vida, señor Masarian? Ustedes solicitaron la ayuda de Baby, ¿no es cierto? Pues bien: aquí me tienen, dispuesta a ayudarles. ¿Partimos hacia Vincennes?

—Nosotros queremos ver a la auténtica Baby. Sólo en ella confiamos para resolver este delicado asunto.

—Les aseguro que ustedes están recibiendo la ayuda de Baby, señor Masarian. Acepte las cosas como son.

—¿Usted también va a decirme que Baby no es una persona, sino un grupo de personas, de mujeres…? ¿Está insinuando que Baby es una especie de mito creado por la CIA, y que si matan a una de las componentes del grupo ponen a otra en su lugar, de modo que Baby, al menos nominalmente, siempre existe, nunca podrá ser eliminada?

—Me pareció, por ciertas referencias, que no era usted tan perspicaz, señor Masarian. Habrá que modificar el informe sobre usted… ¿Salimos o no salimos hacia Vincennes?

Los rusos cambiaron una mirada de hosco desconcierto. Por fin, Vegovoi masculló:

—Vamos allá, Boris. Lukas debe estar preocupado.

—Y en situación muy peligrosa… —asintió Boris Tomenief—. Lukas nunca ha sido demasiado precavido.

—Pues entonces —sonrió la pelirroja, hablando en ruso con toda naturalidad, igual que los tres hombres—, será mejor que nos apresuremos.

Tomenief había puesto ya el coche en marcha, y durante unos

segundos, mientras se alejaban del cinturón de París por la Avenue de la Porte de Vincennes, que más adelante se convertiría en la Nacional 34, el silencio reinó en el interior del vehículo; finalmente, Andrei Vegovoi ofreció un cigarrillo a la pelirroja, que aceptó encantada. Después de encendérselo él mismo, Vegovoi preguntó:

—Bien: ¿cómo debemos llamarla a usted?

—Baby.

—No, no… La vieja usó otro nombre, muy rimbombante… ¿Cuál es el que usa usted, además del de Baby?

—Ah… Pueden llamarme Nora Tisdale, si no les gusta Baby. Hay una cosa que quisiera aclarar, señor…

—Vegovoi —refunfuñó éste.

—Pues bien, señor Vegovoi, hay algo que tiene que quedar bien claro desde este mismo momento: si cazamos a sus compatriotas traidores, yo tendré pleno derecho a asistir al interrogatorio, incluso a participar directamente en él.

—¿Por qué? ¿Cree que la CIA se sentirá interesada por la persona o nación que ha sobornado a nuestros… ex compañeros?

—La CIA quizá no. Pero yo sí, señor Vegovoi. Tengo un gran interés personal en conocer a quien ha planeado esto.

—¿Para qué? ¿No cree que esto es cosa nuestra, de la MVD?

—Sin duda. Pero también es cosa mía. Mire, hay cuestiones de espionaje que son… internacionales y afectan a todos por igual. En ciertos momentos, los rusos y los norteamericanos podemos hacernos pedazos unos a otros, y me parece… natural, dentro del ambiente en que por desgracia vivimos. Quiero decir que está aceptado con naturalidad monstruosa el hecho de que dos enemigos se maten. Nadie parece tener nada que oponer a esto. Sin embargo, yo, al menos, evito matar a mis enemigos, siempre que me es posible, porque sé que sus intereses, desde el punto de vista patriótico, son tan legítimos como los míos…

—Es un amable punto de vista el suyo —musitó Vegovoi.

—Sólo razonable. En definitiva, quiero decirles que, si por ejemplo, ustedes y yo nos peleásemos por el consabido *microfilm* con planos, proyectos o nombres, evitaría tener que matarlos. En cambio, a esa persona o personas que han organizado un acto asesino que puede complicar aún más la situación de Vietnam y posiblemente dar lugar a la tan temida… pero esperada tercera

guerra mundial… Bien, a esa persona o personas, señor Vegovoi, quiero conocerlas personalmente. El motivo es verdaderamente simple: destruirlos completamente. Y le garantizo que lo mismo me da que sean rusos o norteamericanos.

—Entiendo —musitó Vegovoi, de nuevo, al parecer impresionado.

Viktor Masarian había sacado una radio de bolsillo que no era la que le había entregado en Versalles la duquesa de Montpelier, y estaba efectuando la llamada. Nora Tisdale, la fantástica pelirroja y Andrei Vegovoi le dedicaron toda su atención.

—Lukas… —llamaba Masarian—. ¿Me estás oyendo, Lukas?

Soltó el botoncito y volvió a apretarlo.

—Lukas… —insistió—. ¡Lukas!

De nuevo el silencio por respuesta. Masarian se pasó la lengua por los labios, guardó la radio, y cambió una inquieta mirada con Vegovoi, que la pelirroja captó perfectamente.

—Quizá no le sea posible contestar ahora —musitó ella, queriendo tranquilizarles.

Ninguno de los rusos contestó a este comentario, y Nora Tisdale quedó también silenciosa. Demasiado bien sabía ella lo significativo que suele ser, casi siempre, el hecho de que un espía no conteste a la llamada de un compañero.

La distancia hasta Vincennes era corta, y fue recorrida rápidamente. En las afueras de la población todavía, Masarian sacó un libro de las carreteras de Francia, y de él, un pequeño mapa de Vincennes, que estudió atentamente.

—Boris, la casa está en las afueras, cerca de la entrada a Vincennes… Esa avenida amplia es la de Voltaire. A la izquierda, ahora.

Poco después, a una indicación de Masarian, el coche se detenía en un punto de la Rué Briqueterie, bajo la sombra de unos plátanos que ya mostraban el color tostado de las pocas hojas muertas que quedaban en sus ramas…

—Apaga las luces.

Boris obedeció, dejando el coche completamente a oscuras. Se volvió en el asiento, inquieto. Nora Tisdale vio tenso su rostro, al azulado resplandor de la iluminación de la calle.

—Llama otra vez a Lukas… —susurró Boris—. Quizá ahora

pueda contestarte.

—Estamos muy cerca de la casa, pero lo probaré —musitó Masarian.

Dos minutos más tarde, todos los ocupantes del coche estaban convencidos de que Lukas jamás contestaría ya a ninguna llamada.

—Le han descubierto… —murmuró crispadamente Boris—. ¡Ya os dije que éste no era trabajo para Lukas! ¡Es demasiado audaz e impaciente! ¡Habrá querido…!

—Cállate —gruñó Vegovoi, roncamente—. No compliques la cosas, Boris. Además, aún no podemos estar seguros de que a Lukas le haya ocurrido algo.

—¿Cuál es el número de la casa? —inquirió la pelirroja.

—El cuarenta y cuatro.

—Bien. Naturalmente, podemos ir todos allí, pero me atrevo a sugerirles que me dejen ir sola. Será menos llamativo. Echaré un vistazo y luego haremos lo que sea conveniente.

Los rusos cambiaron una mirada sombría, y por fin, Vegovoi asintió con la cabeza. La pelirroja abrió su maletín forrado de seda azul y sacó de allí un par de mocasines negros, que cambió por los zapatos de alto tacón; guardó éstos en el maletín, lo cerró y salió del coche, llevándolo en la manita izquierda. En pocos segundos los rusos la vieron perderse hacia el centro de Rué Briqueterie, caminando en silencio y rápidamente.

Vegovoi miró entonces a Masarian, con el ceño fruncido.

—¿Y ahora… qué? —Gruñó—. ¿También ésta es un pez-piloto?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —protestó irritado Masarian.

—Quizá sea cierto que hay varias mujeres que trabajan con el nombre de Baby —sugirió Boris Tomenief.

—Sería una excelente jugada de la C. I.A… ¡Eso sí que sería una sorpresa para muchos!

—Yo creo —dijo sosegadamente Vegovoi— que sólo hay una Baby. Solamente una, Viktor. Si hubiese varias, alguna habría caído en algún lugar. No todas pueden ser tan infalibles como indica la fama y las actuaciones de Baby. Si hubiese varias, significaría que la CIA disponía de… de varias mujeres de la categoría de Baby. Lo cual me parece imposible. De ninguna manera puedo aceptar que la CIA tenga varias agentes todas ellas de la calidad suficiente para utilizar el nombre de Baby. Baby sólo puede haber una. Su labor ha

sido siempre tan excepcional que sólo puede existir una persona así en todo el mundo.

—Lo que dices tiene sentido. Si hubiese varias mujeres iguales, Baby ya no sería Baby, la única, la invencible… Tienes razón, Andrei: Baby sólo puede haber una. Pero…, ¿cuál es? ¿La vieja o la pelirroja?

—Quizá ninguna de las dos. Lo sensato, por parte de una espía sin igual en la historia del espionaje en todos los tiempos, es que utilice esa astucia que la convierte en invencible. Recapacitemos: ¿creéis que una espía de la categoría de Baby acudiría tranquilamente a Versalles, donde podría ser acribillada, o se metería en un coche tranquilamente con tres agentes de la MVD?

—Tendría que estar loca para hacerlo —apuntó Boris.

—O llevar su audacia a extremos escalofriantes, fuera de los límites humanos —musitó Masarian.

—No existe una persona con semejante audacia, Viktor. Por tanto, la conclusión es simple: ni la vieja de Versalles ni la pelirroja, son Baby. Simples ayudantes. Y si tienen la audacia de presentarse en Versalles una, y meterse en un coche la otra, es porque comprenden que nosotros comprenderemos que ninguna de ellas es Baby, y que, si vamos a la caza de ella tendiendo una trampa, no haremos nada hasta tener la seguridad de que la mujer que aparezca ante nosotros sea, finalmente y realmente, la agente Baby. Ellas, tanto la vieja como la pelirroja, saben que no queremos piezas de segundo orden. Por eso están tan tranquilas, aun en el supuesto de que pudieran creer que todo es una trampa para cazar a Baby.

—Entendido; pero mientras tanto, nosotros seguimos igual que al principio… ¿Dónde está la auténtica Baby?

—Ya aparecerá. Boris; ¿lo dejaste todo bien preparado en la casita?

—Claro.

—Confiemos en el plan. Lo hemos estudiado meticulosamente, y hay que admitir que nos fue planteado de tal modo que no admite ni la menor posibilidad de fallo.

—Pero todavía no hemos visto a Baby.

—Aparecerá. Cuando todo el engranaje esté en marcha, Baby aparecerá. Ella no podrá resistir permanecer al margen del asunto, Viktor. Es sólo cuestión de paciencia.

—Hay una cosa que me irrita —refunfuñó Masarian—; ¿cómo es posible que este plan no se nos ocurriese a nosotros y sí a él?

Vegovoi encogió los hombros.

—Es cuestión de pensar detenidamente en las cosas, y al final se les encuentra siempre solución. Lo importante es conseguir lo que tenemos planeado. Luego, por supuesto, nos entenderemos con él. No olvidemos que si Baby llega viva a…

—¡Ella está llamando! —exclamó Masarian, sacando rápidamente el paquete de cigarrillos que contenía una radio—. Adelante, la escuchamos.

—Vengan a la casa —oyeron la voz de Nora Tisdale—. Inmediatamente y sin preocuparse.

—¿Qué…?

Pero Baby cortó en seco la comunicación, y Masarian se quedó mirando su radio, enfurruñado. Vegovoi le tiró de una manga.

—Será mejor que vayamos, Viktor. Tú también, Boris.

Salieron los tres a la vez del coche, cada uno por la portezuela de su lado, y se dirigieron hacia el centro de la calle. Llegaron ante el número 44 en menos de dos minutos, y se quedaron mirando la casa, completamente a oscuras. Había un pequeño jardincillo delante, protegido por un seto de poca altura. Un camino de losas llevaba al pequeño porche. En algunas ventanas de las casas vecinas se veía luz, pero no había nadie en la calle; era el típico barrio residencial de las pequeñas localidades francesas, tranquilo, silencioso, discreto.

—¿Qué esperamos? —musitó Boris.

—Estaría gracioso que fuera ella quien nos tendiera la trampa a nosotros —murmuró Vegovoi.

—¿La pelirroja? —sonrió secamente Masarian.

—Aunque ella no sea Baby, tiene que ser una profesional… —dijo Boris—, de modo que lo habrá encontrado. Por eso nos llama… Eso quiere decir que todo va bien.

—Irá bien si tú hiciste bien las cosas, Boris.

—¡Claro que las hice bien!

—Pues entonces…

Vegovoi se calló, porque la puerta de la casa se había abierto, y los tres pudieron ver perfectamente a la pelirroja, haciéndoles señas para que se apresurasen. Ya no vacilaron más. Fueron hacia la casa,

entraron detrás de la pelirroja, y fue ella la que encendió la luz, cuando hubo cerrado la puerta. Los tres se quedaron mirándola fijamente.

—He cerrado todas las ventanas, de modo que nadie verá luz en la casa. Vengan.

Los llevó hacia el interior de la casa, pero no se detuvo en el saloncito de amable aspecto, y cuyas ventanas estaban efectivamente cerradas, sino que entró en uno de los dormitorios, señalando ya el armario.

Lo abrió de pronto, y los tres rusos se quedaron mirando con expresión desorbitada, mortificada, el cadáver que había dentro. Un hombre de unos cuarenta años, alto, macizo, de rostro adusto…, pero lívido por el impacto de la muerte. Tenía la boca crispada, torcida hacia un lado, y todas sus facciones parecían agarrotadas por la última mueca de espanto. Estaba sentado de lado, con las piernas estiradas hacia el otro extremo del armario. La cabeza la tenía vuelta hacia la puerta, pero caída sobre el pecho, quedando en tal postura que permitía ver los dos negruzcos agujeros en la nuca.

Vegovoi se acercó, asió el mentón del hombre y alzó la cabeza.

—Lukas… —susurró Boris Tomenief.

—Lo lamento… —murmuró la pelirroja—. Naturalmente, ya estaba ahí cuando llegué. Vean el suelo… Se ven unas pequeñas gotitas de sangre… Muy pocas. No fue difícil encontrarlo. Parece que no se preocuparon demasiado de ocultar el rostro… Tenían prisa, claro. Hace casi una hora que ha muerto, según cálculo.

—¿Qué hacemos? —dudó Masarian—. No creo que sea conveniente dejarlo aquí…

—No podemos hacer otra cosa, de momento. Aunque… Bueno, me pregunto qué más podemos hacer. Hemos perdido la pista por completo, de modo que, al menos, nos ocuparemos de Lukas… —Miró duramente a la mujer que decía ser Baby—. Por si le interesa, le diré su nombre completo: Lukas Sibinsko Rostow. Avise a la CIA para que lo tachen de sus listas.

—No tiene por qué hablarme así. Vegovoi. Siempre cae alguien, en todo trabajo importante. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué me ponga a llorar? ¿O que lo resucite?

—¡Os lo dije! —estalló Boris, tensa la voz—. ¡Ya os dije que éste no era trabajo para Lukas…! ¡Él tenía otra especialidad, no la de…!

—Cállate de una vez… —masculló Masarian—. Ayúdame a sacarlo de aquí, Viktor.

—Me pregunto para qué… —musitó Masarian—. Sería mejor dejarlo aquí, por el momento. No podemos ir por París llevando un cadáver en el coche. Ni me parece oportuno avisar a nuestro servicio de… recogida. Es posible que ellos estén pendientes de eso. Si nos ven ponernos en contacto con los de recogida, sabrán que Lukas no estaba solo… Yo opino que es mejor dejarlo, Andrei. Por el momento, se entiende.

Andrei Vegovoi quedó pensativo unos segundos, pellizcándose la barbilla, fija la mirada en el cadáver del hombre que se había llamado Lukas Sibinsko Rostow, agente de la MVD soviética.

—Saquemos el cadáver… —dijo al fin—. Veamos si lo han registrado, o si Lukas había tomado alguna nota que pueda ayudarnos. Hacedlo vosotros —se volvió hacia la silenciosa Nora Tisdale—. ¿Ha registrado el resto de la casa?

—Es trabajo inútil… —aseguró ella—. Sus traidores no habrán dejado nada que pueda ayudarnos a localizarlos.

—¿Por qué está tan segura?

—Es lo lógico, si tenemos en cuenta cómo sucedieron las cosas.

Los tres rusos se quedaron mirándola vivamente.

—¿Acaso sabe usted cómo ocurrió todo? —exclamó Boris.

—Se deduce fácilmente. Por algún motivo, los hombres que estaban dentro de la casa, descubrieron a Lukas, vigilando afuera. Uno de ellos salió por una ventana de atrás y lo sorprendió por la espalda. Luego entraron el cadáver, lo metieron en el armario, recogieron sus cosas y se fueron. Así de simple, señores. No creo que se dejasen nada… ¿Habrían olvidado ustedes algo, quizá?

Nora Tisdale se hizo acreedora a tres torvas miradas. Andrei Vegovoi señaló el cadáver.

—Ved si tiene algo encima que pueda ayudarnos —gruñó.

Masarian y Tomenief sacaron el cadáver del armario y lo depositaron en el suelo, sobre la alfombra del lado derecho de la cama. Cada uno registró un lado de las ropas del cadáver…, y en pocos segundos su sorpresa fue evidente. El primero en sorprenderse fue Masarian, que sacó la pistola de la funda sobaquera del cadáver.

—No le quitaron la pistola, Andrei…

—Ni los documentos falsos —susurró Boris, mostrando la cartera de bolsillo—. Parece que ni siquiera se molestaron en registrarlo…

—Puede ser lógico —aceptó Nora Tisdale—. No olvidemos que después de matarlo debieron tener mucha prisa por escapar de aquí.

—No le han quitado nada… Nada… —insistió Boris—. Todo está aquí…

Entre él y Masarian formaron un pequeño montón con las cosas de Lukas Sibinsko. Por un lado, podía extrañar que no le hubiesen quitado nada, a fin de dejarlo completamente indocumentado, sin la menor pista en ningún sentido para una posible identificación posterior, cosa que era muy conveniente en asuntos de espionaje. Por otro, si tanta prisa tenían después de matar a Lukas Sibinsko, debido al lógico miedo de que no estuviese solo, era muy razonable que se hubiesen apresurado a marcharse de allí con la única preocupación de desalojar el terreno…

—El transmisor —musitó de pronto Masarian, abriendo mucho los ojos—. ¡Le falta el transmisor, Andrei!

—Estoy viendo la radio de bolsillo en…

—¡No! ¡Estoy hablando del transmisor de señales! ¡Se lo han llevado!

—Es absurdo… ¡Espera! Espera —miró a la pelirroja—. Creo que usted tiene razón, Baby… Ocurrió como usted dice… aproximadamente. Razonemos con calma… Nosotros sabemos que Lukas era demasiado audaz, impaciente… Sí… Creo que puede ser esto: Lukas supo que los dos que estaban aquí se iban a marchar en un coche…

Eso es… Lo tenían todo a punto para marcharse de aquí. Debieron llevar algunas cosas al coche… Lukas los vio, comprendió que se iban a marchar, y supo que si los seguía con su coche sería demasiado visto, en esta calle, y luego camino de París… De modo que… se acercó al coche de ellos, y les colocó el transmisor magnético para que luego, estuviesen donde estuviesen, pudiéramos localizarlos nuevamente… Eso es lo que hizo Lukas, pero fue descubierto, lo mataron, lo metieron en la casa, y se fueron…

—¿Crees que aún deben llevar el transmisor en el coche? —se animó Masarian.

—No sé… Lo más probable es que descubrieran lo que Lukas había hecho… Pero quizá no han pensado en eso, quizá creyeron

que él quería… ¡Yo qué sé! Meted a Lukas de nuevo en el armario… ¡Yo voy al coche, a poner en marcha el receptor de señales!

Vegovoi salió corriendo del dormitorio, mientras Masarian y Tomenief se ocupaban de meter el cadáver en el armario, pero reservándose todo cuanto había tenido en los bolsillos. Nora Tisdale no los esperó, sino que partió rápidamente detrás de Vegovoi.

Cuando salió de la casa, lo vio corriendo velozmente hacia el «Citroen», y continuó tras él. Llegó al coche pocos segundos después que el ruso, y vio a éste alzando el asiento de atrás. Sacó de allí el receptor, bajó de nuevo el asiento, y se sentó. La pelirroja entró y se sentó a su lado. Por supuesto, conocía el uso de aquellos receptores: se colocaba un diminuto transmisor magnético en un coche, y la señal que emitía era captada por el receptor, de modo que el coche podía ser seguido a distancia.

Vegovoi la miró y forzó una seca sonrisa Accionó el receptor, y, en el acto, comenzó a oírse, un tanto débilmente, el clásico tono de la señal «bip-bip-bip bip…», mientras la aguja de la esfera señalaba bruscamente en dirección a París.

—Lo llevan… ¡Llevan el transmisor en el coche! —exclamó Vegovoi, excitado—. ¡Lukas pudo colocárselo!

—No hay que hacer mucho caso de esta señal, Vegovoi —musitó la pelirroja—. Es muy probable que ellos se dieran cuenta, y que hayan colocado el transmisor en cualquier coche, en París. Es una jugarreta que todos hemos hecho alguna vez.

Masarian y Tomenief llegaban entonces al coche. Se metieron dentro y se quedaron mirando el aparato, en pleno funcionamiento.

—Lo hizo —musitó Boris.

—Ella dice que quizá los otros se dieron cuenta y colocaron el transmisor en cualquier coche, en París.

Hubo un cambio de consternadas miradas entre los rusos.

—Bueno… —se desilusionó Masarian—. Realmente, Andrei, eso es lo más probable… ¡Pero no es seguro! Yo creo que debemos seguir esta pista.

—Naturalmente que lo haremos —convino Vegovoi—. Es lo único que tenemos. Y si falla… Bien, no creo que nos hagan un gran recibimiento en Rusia cuando lleguemos allá…, después de que ellos hayan cometido el atentado. Vamos a regresar inmediatamente a París, Boris… A toda marcha.

Capítulo IV

Hacia las once de la noche, el «Citroen» se detenía muy cerca de una pequeña pero bonita mansión sita en Rué Soufflot, casi en el cruce con el lujoso Boulevard Saint Michel Una mansión blanca, viejo y pequeño recuerdo del siglo XVIII, adornada en su parte frontal por un jardín de reducidas dimensiones, y protegida por unas altas verjas de hierro forjado.

Las miradas de los tres rusos y de la pelirroja coincidían en la pequeña mansión. Luego, mientras Boris continuaba mirando hoscamente hacia allí, la pelirroja, Masarian y Vegovoi miraron nuevamente el receptor de señales, que emitía un fortísimo «bip-bip-bip», mientras la aguja señalaba inflexiblemente aquella casa.

—Están ahí —dijo por fin Vegovoi.

—Pase por delante —dijo la pelirroja—. Conviene asegurarse de que no señala cualquier otra casa situada a espaldas de la manzana o quizá más lejos.

—Sí… Es posible. Pasa por delante, Boris. Muy despacio.

—Está bien.

Tomenief condujo el coche lentamente, pasando por delante de la pequeña mansión, que resultaba modestísima en comparación con los palacetes del Boulevard Saint Michel, vistos algunos minutos antes. Al pasar ante la casa, la aguja se fue enderezando. Hubo un momento en que quedó como clavada en su esfera, siempre apuntando la casa, y, al mismo tiempo, el «bip-bip-bip» se hizo tan fuerte que Vegovoi tuvo que bajar el volumen.

El coche se detuvo unas cincuenta yardas más allá.

—No cabe duda… —musitó Masarian—. Ahora, la aguja señala a nuestras espaldas. Esa es la casa.

—¿Quién vive ahí? —preguntó la llamada Nora Tisdale—. ¿Tienen ustedes idea?

—Ni la más mínima.

—Bien… No quiero parecer demasiado lista, pero estoy pensando que quizá vivan ahí los otros dos traidores. ¿Qué opinan ustedes?

—Que no… —Gruñó Vegovoi—. Aunque la mansión es pequeña, no creo que la MVD autorizase a ninguno de nosotros a vivir en semejante lugar, a menos que fuésemos residentes de París y nuestra posición fuese inabordable. Este no es el caso de nuestros cuatro compatriotas, se lo aseguro.

—Sí, entiendo. Es posible que ellos estén ahí solamente de visita. Cabe esperar que tengan algunas buenas relaciones, y hayan venido aquí considerando que es un lugar seguro para preparar su próxima residencia en París. De un modo u otro, y teniendo en cuenta las circunstancias de Nikita Borianov y Mihail Seminef, no cabe duda de que se consideran momentáneamente seguros en esa casa.

—Sólo pueden estar utilizándola como coartada… Sólo eso. Ninguno de ellos puede ser tan loco como para acudir a un lugar comprometido en su situación.

—Evidentemente —aprobó con énfasis la pelirroja—. Pero hay que tener también en cuenta otra posibilidad, Vegovoi: que ahí dentro haya un coche que no tenga nada que ver con nuestro asunto. No olvidemos que Borianov y Seminef han podido darse cuenta de la jugada de Lukas, y quizá han colocado el transmisor en cualquier coche que hayan visto estacionado en París.

Vegovoi y Masarian soltaron un gruñido. Luego quedaron todos silenciosos y pensativos. Quien más pensativa parecía era Nora Tisdale, que, de pronto, recurrió a su maletín. Lo abrió, sacó un trípode clásico para sostener una máquina fotográfica, y luego un pequeño secador de cabello a pilas.

—¿Qué hace usted? —se interesó Masarian.

—Prevenir la posibilidad de que ellos estén de visita en esa casa.

—Pero ¿qué es…?

—Déjala —masculló Vegovoi—. Si ella tiene alguna idea, ya está haciendo más que nosotros.

La pelirroja sonrió y continuó con sus manejos. En menos de un minuto, bajo la atenta mirada de los tres rusos ahora, convirtió el trípode en un largo tubo de tres sectores roscados; luego, encajó el secador de cabello en uno de los extremos. Los rusos cambiaron una mirada de perplejo interés, pero muy pronto acabaron de

comprender, cuando la pelirroja, tras sacar de su mágico maletín un tarro de crema facial, desenroscó la base, y vieron en ella las diminutas ampollas de cristal.

—Gas —musitó Masarian.

—En efecto. Hay de dos clases… Una de ellas, mortal instantáneamente. La otra sólo proporciona un dulce sueño.

—¿Qué está pensando? ¿Cuál de esas ampollas piensa utilizar?

—La del sueño. Para matar siempre hay tiempo, Vegovoi. Boris, siga adelante, dé la vuelta y deténgase cara a la casa.

Boris desvió la mirada hacia Vegovoi, que asintió con la cabeza. Lentamente, el coche se puso de nuevo en marcha, mientras la espía pelirroja introducía una ampolla de gas en el tubo que haría las funciones de cañón de un fusil improvisado…, pero cuya eficacia había comprobado en muchísimas ocasiones.

Mientras el coche giraba, lo hacía también la aguja, siempre señalando hacia la pequeña mansión. Por fin, a una indicación de Nora Tisdale, se detuvo otra vez, ahora apuntando hacia la casa.

Durante diez minutos, nada ocurrió. Ni nadie habló dentro del coche. Transcurrido ese tiempo, la pelirroja dio una palmadita en una mano de Vegovoi, y luego señaló hacia las verjas. Un hombre las estaba abriendo. Segundos después, un «Peugeot 404» parecía brotar del jardín, hacia la calle, girando inmediatamente en dirección al Boulevard Saint Michel. Estaban tan cerca que la aguja tuvo que marcar sensiblemente un cambio de dirección, ahora apuntando al coche recién aparecido.

—No cabe duda —musitó Nora Tisdale—. ¿Los han reconocido?

—Sí. Son ellos —murmuró Masarian.

—Tendrán que detenerse al llegar al cruce de Saint Michel. Boris, sígalos y colóquese a su lado cuando se detengan. Cambie de sitio conmigo, Masarian. O, mejor, póngase en el otro extremo del asiento.

Ambos rusos obedecieron. Boris siguió al «Peugeot», y Masarian pasó al otro extremo del asiento, de modo que Vegovoi quedó ahora en el centro. La pelirroja bajó casi completamente el cristal de la ventanilla, y su mirada se clavó en el coche que les llevaba muy poca distancia hacia Saint Michel… En unos pocos segundes, ambos vehículos tendrían que detenerse.

—Les diré lo que va a ocurrir —musitó Nora—. Cuando nos

detengamos, yo dispararé la cápsula de gas dentro del coche de sus compatriotas. Se dormirán en el acto. Y para entonces, usted, Masarian, debe estar ya junto al otro coche. Sólo tiene que empujarlos a los dos hacia la otra punta del asiento, tomar el volante y seguir a Boris.

Masarian se pasó la lengua por los labios.

—De acuerdo —susurró.

Efectivamente, en el cruce con Saint Michel, el «Peugeot» tuvo que detenerse. Y dos segundos después lo hacía el «Citroen». Apenas detenido este vehículo, Masarian salió, por la izquierda, mientras la espía pelirroja apuntaba cuidadosamente su fusil de tubo de aluminio hacia la rendija de apenas tres pulgadas que mostraba la ventanilla del conductor del otro coche. Hubo un suavísimo «plof» dentro del «Citroen», y, casi inmediatamente, Boris y Vegovoi vieron cómo los dos hombres que iban en el «Peugeot» se inclinaban hacia un lado, de pronto. Casi en aquel mismo instante, Masarian llegaba junto al «Peugeot». Abrió la portezuela, empujó con fuerza al conductor y se sentó ante el volante.

—Entre en el Jardín Du Luxembourg, Boris —indicó Nora.

Los rusos, empezando por Masarian, cuyo tenso rostro veían perfectamente desde allí, estaban en verdad maravillados. Pocos segundos después, pudieron cruzar Saint Michel, continuaron por Mediéis, y apenas un minuto más tarde penetraban en el recinto de los Jardines de Luxemburgo, teniendo ante ellos el hermoso palacio de ese nombre. Boris detuvo el coche donde le indicó la espía pelirroja, y luego fue Andrei Vegovoi quien tuvo que seguir sus instrucciones. Salió del coche, ayudó a Masarian a tirar al asiento de atrás a los del «Peugeot», y los cubrieron con la manta de viaje. Operación rápidamente realizada de modo que Vegovoi regresaba a su coche antes de dos minutos.

—¿Y ahora? —inquirió, mirando fijamente a Nora Tisdale.

—Ahora, tendremos que esperar a que despierten, para hacerles unas cuantas preguntas.

—¿Cuánto tardarán en despertar?

—Veinticuatro horas.

Boris lanzó una exclamación.

—¿Está loca? —gritó Vegovoi—. ¡No podemos esperar veinticuatro horas!

—Podemos. No olvide que el plan que ellos cuatro hayan trazado los implica a todos. Tienen que ser cuatro, Vegovoi. Y ahora sólo quedan libres dos de ellos. Naturalmente, Sergei Vanikov y Yura Kovenko no harán nada ellos solos. Preocupados o no, tendrán que esperar noticias de sus compañeros de atentado… Y, mientras esperan, no podrán intentar nada.

—¡Pero no esperarán veinticuatro horas! ¡Escaparán de París!

—Es un riesgo… y un beneficio. De todos modos, lo que sí es seguro es que ya no podrán efectuar el atentado. Además, es posible que Kovenko y Vanikov tengan mucha paciencia y esperen el tiempo suficiente.

—¿Suficiente… para qué?

—Para que Borianov y Seminef despierten y nosotros podamos «convencerlos» de que deben decirnos dónde están Vanikov y Kovenko. ¿No tienen un lugar donde llevar a nuestros prisioneros? Tiene que ser un lugar seguro, naturalmente… ¿Disponen de ese lugar?

Tomenief y Vegovoi cambiaron una mirada de duda.

—Desde luego —aceptó por fin Vegovoi—. Tenemos un lugar adecuado, naturalmente.

—Pues vamos allá… ¿O no se fían de mí? —sonrió.

—Ignoramos su juego.

—¿Mi juego? —exclamó la pelirroja—. ¡Señores, esto resulta increíblemente divertido! ¡Me llaman a la Central de la CIA, acudo a su encuentro como una tonta confiada, tienen a Baby a su disposición, y dicen que ignoran mi juego…!

—Queremos tener la seguridad de que todo esto está dirigido por Baby.

—Están recibiendo ayuda, ¿no es así? ¿Qué importancia puede tener que yo sea o no sea Baby?

—Mire, señorita Tisdale… Nosotros tenemos noticias del *modus operandi* de la agente Baby. Y, sin duda, usted sabe muy bien que ella tiene su propia visión del espionaje. Estamos convencidos de que Baby, por mucho que sepa de nosotros, no jugará sucio después de que termine este asunto. Tenemos la confianza de que si es Baby quien más cosas sabe de nosotros, no saldremos perjudicados. Pero si es la CIA, por medio de usted, quien sabe cosas de nosotros, es natural que más adelante nos… perjudiquen de un modo u otro.

—En pocas palabras, Vegovoi: ustedes sólo quieren tratar con Baby porque tienen la seguridad de que si ustedes están jugando limpio, ella los… olvidará una vez terminado el asunto.

—Usted lo ha expresado muy bien, señorita Tisdale.

—Bueno… De todos modos, quizá tenga usted razón… Creo que para el interrogatorio será mejor que sea Baby quien actúe directamente. Díganme dónde puede encontrarlos, y ella personalmente acudirá a la cita esta vez.

—Entonces… ¿admite usted que existe la única Baby?

—Ustedes me han puesto las cosas muy difíciles. ¿Dónde le digo que la esperan ustedes?

—No, no, no… Que nos llame por la radio que tiene Viktor. ¿Qué alcance tiene esa radio?

—Veinte millas.

—Más que suficiente. Dígale a Baby lo que ha ocurrido hasta ahora, y que cuando esté dispuesta a reunirse con nosotros, que llame a Viktor por la radio. Nosotros la recogeremos en un punto y la llevaremos adonde tendremos a Seminef y Borianov.

—Se lo diré. Pero es posible que ahora que el grupo ha quedado desmembrado, ella dé por zanjado el asunto.

—Lo dudo —sonrió fríamente Vegovoi—. No sería propio de ella. No olvide, señorita Tisdale, que si bien tenemos a dos de los traidores, quedan sueltos otros dos, y, sobre todo, la persona, personas o potencia que ha ordenado ese atentado. Nosotros, por nuestra parte, queremos llegar hasta ahí… Y estamos seguros de que Baby no dará por terminado este asunto tan sólo por la… supresión de Seminef y Borianov.

—Tengo que admitir que es usted absolutamente razonable, Vegovoi… De acuerdo. Baby acudirá a la cita con ustedes.

—Magnífico. Y ahora, dígame: ¿quién es usted?

—Mi nombre clave es «Baby-Siete» —sonrió la pelirroja—. Eso es todo cuanto puedo decirle, Vegovoi, pero estoy segura de que usted ya tiene suficiente.

—«Baby-Siete»… ¿Cuántas son, en total?

La pelirroja volvió a sonreír.

—Será mejor que nos despidamos ahora… Ustedes vayan por su lado, y yo por el mío. Tomare un taxi…, y espero que no intenten seguirme. En cuanto al momento en que Baby se pondrá en

contacto con ustedes, es posible que se retrase. No olvide que esos dos hombres estarán irremediablemente dormidos durante veinticuatro horas. No encontrarán modo alguno de despertarlos.

—¿Quiere decir que no veremos a Baby hasta que ellos estén despiertos o a punto de despertar?

—Creo que así será. Sin embargo, Baby siempre tiene alguna salida de tono que nos deja sorprendidas a todas en ocasiones. Por lo que ella pueda decidir, será mejor que Viktor esté atento en todo momento a una posible llamada. Ha sido un placer colaborar con la MVD, colegas. Adiós.

Salió rápidamente del coche y se alejó unos pasos. Estuvo luego esperando a que los dos coches se alejasen, lentamente, hacia la salida. Fue tras ellos, y los vio enfilar Rué Tournon, enfrente mismo de Luxemburgo. Sin lugar a dudas, ambos coches se alejaban, no tenían ya oportunidad de seguirla.

Entonces llamó un taxi.

* * *

Eran cerca de las dos de la mañana cuando sonó el timbre del piso. En la oscuridad del dormitorio, se oyó el gruñido del hombre, que sacó un brazo de la cama, descolgó el teléfono, quedó inmóvil, y, por fin, colocó de nuevo el auricular en el soporte. Se sentó en la cama y se pasó las manos por la cara. Volvió la cabeza, y en el despertador de esfera luminosa vio la hora. El hombre emitió un nuevo gruñido y sacó los pies de la cama, rápidamente, al oír el segundo timbrazo.

Se puso en pie, recogió la bata de sobre un sillón, y todavía a oscuras se dirigió hacia la puerta, poniéndose la bata. Por las ventanas, brillando en los cristales, penetraba la luz nocturna de París; la abundante luz de la bien llamada «Ville Lumiére».

Estaba cruzando el recibidor del pequeño piso de soltero cuando sonó el tercer timbrazo.

—Ya va, ya va —se irritó el narigudo individuo.

Encendió la luz del recibidor, acabó de anudarse el cordón de la bata, y abrió la puerta. En una fracción de segundo, el sueño desapareció de los oscuros y astutos ojos del narizotas. Ante él, sonriendo angelicalmente, había una mujer. Una mujer que… Sí:

podía robarle el sueño a cualquiera. Esbelta, elegante, rubia, de ojos oscuros, boca sonrosada. Su cuerpo era un auténtica maravilla. Si en vez de ser de carne y hueso, hubiera sido de mármol, el narigudo habría tenido que llevarla al Louvre sin pérdida de tiempo… Ah, pero… ¡Claro! Debía estar soñando, eso era… ¡Estaba soñando! O eso, o aquella jovencita se había equivocado de puerta…

—*Bon soir, monsieur Nez C'est á dire: bonne nuit. Ça va bien?*

—*Mon Dieu…* —pudo tartamudear finalmente el narigudo personaje—. ¡Brigitte!

—Sssst… Mi nombres es Monique Lafrance, *monsieur*.

—Eeee… Sí… ¡Sí, claro! ¡Pase!

La rubia de los ojos oscuros entró en el piso, Nez cerró a toda prisa la puerta y se volvió, como un relámpago, a tiempo de recibir, como un regalo del cielo, aquella dulce sonrisa.

—Espere que respete mi reputación, *monsieur*.

—Sí, claro… ¡Oh, se está burlando de mí, como siempre…! ¡Increíble! ¡La agente Baby en mi piso!

—Lo cual quiere decir, *monsieur*, que usted es irresistible.

—¿De veras lo cree así? Precisamente estaba en la cama… Si le parece que soy irresistible…

—No tengo sueño —rió ella—. ¿Todo bien, *monsieur* Nez?

—Sí… Todo bien.

—¿Hubo dificultades en solucionar en todos sus puntos el asunto de los diplomáticos?

—En absoluto. Después de la actuación de usted, todo fue coser y cantar[2]. ¿Ha venido a interesarse por eso a las dos de la mañana después de trascurridos tres meses, Brigitte?

—No. He venido a tomar con usted una copa de champaña.

—¿A estas horas?

—*Mon chér monsieur Nez…* ¿Va usted a ponerle horas al champaña?

—Pues… no. No, ciertamente. ¿De veras tomaría ahora una copa? Tengo buen champaña, desde luego, pero… sin guindas.

—Baby es fácil de conformar, cuando está trabajando.

—Ah… —Brillaron los ojos de Nez—. ¿Está en París haciendo algún trabajo para la CIA?

—Para la MVD.

—Bien. Iré… ¡¡¿Para la MVD?!! —aulló Nez.

—Ssst… Vaya a buscar el champaña. ¿Dónde tiene su listín telefónico?

Nez parpadeó. Por fin, comprendió que la entrevista se desarrollaría al modo de Brigitte, inevitablemente, cosa que aceptó como mal menor. Llevó a la espía a la salita, puso el listín en sus manos, y, sin decir una sola palabra, se fue a buscar el champaña. Cuando regresó, con una botella y dos copas, la rubia estaba sentada en un sillón, con el listín sobre sus rodillas… Las magníficas rodillas de Brigitte Montfort, imposibles de olvidar… Y menos viéndolas de nuevo, tan claramente.

Pero Nez perdió interés por las rodillas cuando captó el gesto pensativo, la expresión inquieta en las negras pupilas falsas. La espía tomó la copa en silencio, bebió un sorbito y señaló un nombre del listín.

—Esto es lo que buscaba, *monsieur*.

Nez se inclinó y leyó el nombre que aparecía sobre la bien manicurada uña de la espía:

—Antón Dimitrov, doce, Rué Soufflot… No me diga que es un agente de la MVD Hay muchos rusos e hijos de rusos emigrados en París, Brigitte. En toda Francia.

—Lo sé, *monsieur* Nez. Luego le contaré una sorprendente historia…, siempre y cuando me prometa no intervenir si yo no lo autorizo. ¿Sí?

—Bien… Sí, desde luego. Mi confianza en usted es ilimitada.

—Muchas gracias. Por el momento, le diré que hoy he sido una anciana, una llamativa pelirroja, y ahora, como ve, una rubia delicada y elegante…

—Sus disfraces son siempre magníficos.

—Sin embargo, usted me ha reconocido al verme.

—¿Al verla? ¡Desde luego que no! La he reconocido cuando me ha llamado *monsieur* Nez, y por el tono de su voz. Es único. Quiero decir que el tono auténtico de su voz es único. Cuando la desfigura, resulta incluso desagradable, en ocasiones… Brigitte, ¿qué quiere de mí?

—Saber todo lo posible sobre este hombre.

—¿Antón Dimitrov?

—Sí. Pero entienda bien, *monsieur*, que no pretendo en modo alguno comprometerlo. Si no le es posible solicitar esos datos a su

Deuxiéme Bureau, me las arreglaré como…

Se calló, porque Nez no le hacía el menor caso. Había descolgado ya el teléfono de la salita, y estaba marcando un número. Cuando obtuvo la comunicación, se identificó en clave, pronunció el nombre de Antón Dimitrov, simplemente, y colgó.

Diez minutos más tarde, cuando Brigitte, ahora convertida en sensacional rubia, le había puesto ya al corriente del motivo de su estancia en París, sonó el teléfono. Nez lo miró, se puso en pie y antes de caminar hacia allí musitó con tono preocupado:

—Es usted una cándida paloma, querida.

—Quizá. Pero no olvide, *monsieur*, que si yo fallo, usted es mi heredero en este asunto. Sólo si yo fallo. En ese caso, confío en que el Deuxiéme Bureau impedirá ese atentado.

Nez movió la cabeza, como dudando de la astucia que siempre había creído que poseía la espía más completa que jamás había conocido. Para él, igual que para Número Uno, que ciertamente Brigitte no había mencionado para nada, aquello olía a trampa de un extremo del mundo al otro.

Descolgó el teléfono, estuvo escuchando un par de minutos, colgó y regresó junto a Brigitte.

—Antón Dimitrov nació en Moscú, hace cuarenta y cinco años. Es un emigrado. Sin familia. Vive, efectivamente, en el doce de Rué Soufflot. Persona intachable, de conducta y sistema de vida típicamente francesa… Jamás ha habido sobre él la menor sospecha a pesar de que, naturalmente por ser ruso, está clasificado adecuadamente en nuestros ficheros. Llegó a Francia cuando tenía quince años, y desde entonces, por sí mismo, con inteligencia y voluntad, ha sabido triunfar. No hay la menor sospecha sobre él, en ningún sentido… Actualmente… —*Monsieur* Nez suspiró hondamente—. Actualmente es uno de los empleados traductores en el Centro Internacional de Conferencias de París.

Brigitte contuvo una exclamación. Ambos se quedaron mirándose, en silencio. Realmente, las palabras no eran necesarias. Entre espías, un dato de tal importancia ni siquiera merece el menor comentario.

Por fin, Brigitte apuró su copa de champaña, se puso en pie y tendió la manita al hombre que ocupaba uno de los cargos más importantes en el Deuxiéme Bureau francés.

—Lamento haber tenido que despertarlo, *monsieur*.

—Pues yo lo celebro —musitó Nez—. Brigitte, este asunto parece que puede ser demasiado importante para…

—No olvide su promesa: no intervendrá a menos que yo falle.

—Está bien… Pero voy a decirle algo que sin duda usted ya ha pensado: puede que lo de ese atentado sea cierto, pero… cuídese… Cuídese mucho, Brigitte. Baby es una pieza demasiado importante para que la MVD la deje volar libremente. Me parece bien que sea usted una… paloma de paz llena de inocencia…, pero no olvide que los rusos ofrecen un millón de dólares por su cabeza.

—¿Aún no han aumentado el precio? —sonrió ella.

—Los rusos, no.

—¿Cómo? No comprendo…

—Circulan otros rumores por Europa. Parece que alguien ha ofrecido tres o cuatro millones por Baby.

Brigitte parpadeó, en verdad sorprendida.

—¿De veras? —musitó—. Vaya, es agradable saber que alguien está empezando a valorarme adecuadamente… Bien, *monsieur*, hasta la vista. Y gracias… Sobre todo, por el champaña

Capítulo V

Antón Dimitrov despertó, de pronto. Sin motivo alguno aparente. Simplemente, despertó. Y al segundo siguiente de abrir sus ojos a la oscuridad del dormitorio, notó aquella inquietud, aquel desasosiego total… Se sentó en la cama bruscamente y encendió la lamparilla de noche colocada sobre la mesilla, a su derecha.

Normalmente, un hombre que pasa de la oscuridad a la luz, reacciona con un veloz parpadeo de protección para sus pupilas, pero Antón Dimitrov no pudo hacerlo, tal era el asombro que sentía, además del consiguiente sobresalto. Durante tres o cuatro segundos, su estupefacción fue tal que pareció haberse convertido en piedra. Quedó atónito, incrédulo, completamente inmovilizado por lo más grande sorpresa de su vida.

Junto a él, sentada en el borde de su lecho, en su casa, en su propio dormitorio, había una mujer. Una hermosísima y joven mujer rubia, de ojos oscuros que lo miraban fijamente, inexpresivamente. Era tan bella, tan divina, que Antón Dimitrov ni siquiera se fijó en la pistolita que la nocturna visitante tenía en su manita derecha…

—Buenas noches, Antón Dimitrov —dijo ella, en ruso, con una dulcísima voz.

—Pe-pero… ¿Qué hace usted aquí? —pudo tartamudear al fin el ruso emigrado—. ¿Cómo ha entrado? ¿Quién es usted?

—Contestaré a sus preguntas por orden inverso, Antón Dimitrov. Soy una espía llamada Baby, he entrado en su casa y he llegado aquí por medios propios que no vienen al caso, y estoy aquí para conversar con usted. ¿Alguna pregunta más?

—Pero… Pero… —Dimitrov no conseguía salir de su asombro—. Esto es… inaudito…

—Concédase un minuto para aceptar la situación, señor Dimitrov. Tranquilícese, encienda un cigarrillo si lo desea, y luego

conversaremos como buenos amigos… por el momento.

Por fin, Dimitrov pudo parpadear. Encendió un cigarrillo con evidente nerviosismo, y luego se quedó mirando a la rubia.

—¿Baby? —musitó—. ¿La espía americana?

—En efecto.

—Bien… No entiendo qué puede usted querer de mí… ¿De qué tenemos que hablar?

—De espionaje, naturalmente. ¿Cuánto hace que trabaja usted para la MVD?

—¿La…? ¡Yo no trabajo para la MVD!

—¿No? Muy bien… ¿Tampoco conoce a unos hombres llamados Mihail Seminef y Nikita Borianov?

—No… ¡No los conozco!

—Señor Dimitrov —deslizó fríamente Baby—. Esta noche, poco después de las once, o sea, hace apenas cinco horas, Borianov y Seminef salieron de su casa, en un coche, un «Peugeot Cuatrocientos Cuatro» de color crema, tipo berlina, matrícula «BMO dieciocho-treinta y siete», de París. Si ha de mentirme en algo, procure que sea en cosas que yo no pueda rebatirle. Y ahora, repetiré la pregunta: ¿conoce usted a Borianov y Seminef?

—Yo… Sí. Los conozco.

—Dice usted que no trabaja para la MVD Sin embargo, ellos sí son agentes de la MVD, y ya está aceptado el hecho de que lo han visitado. ¿Puede explicarme eso?

—No tengo por qué explicarle nada —musitó Dimitrov.

—Quiero que salga usted de su error, señor Dimitrov. Soy muy bonita; angelical, si usted quiere…, pero perfectamente capaz de meterle una bala en la cabeza ahora mismo y marcharme por donde he venido. No se llame a engaño, se lo advierto. Anoche, por motivos personales, dormí apenas dos horas, y mal. Quiero decir que empiezo a tener sueño… Compréndalo: son las cuatro de la mañana. Por tanto, cuanto antes terminemos esta conversación, antes podré irme a dormir… En cuanto a usted, decida por sí mismo si cuando yo me vaya quiere seguir vivo o prefiere estar muerto. Repetiré nuevamente mi pregunta: ¿puede explicarme qué relación hay entre usted y Seminef y Borianov?

Antón Dimitrov sabía ya una cosa cuando Baby terminó de hablar: si él no contestaba a sus preguntas, lo mataría. Su sentencia

de muerte estaba tan clara en aquellos ojos oscuros que sólo un suicida habría vacilado en responder.

—Me han hecho algunas visitas… Sí, ellos son de la MVD

—Algunas visitas… ¿Qué tienen ellos que decirle?

—Me han… propuesto con mucha insistencia que… que trabaje para la MVD

Baby asintió con la cabeza. No perdía detalle del rostro de Dimitrov, de la menor crispación de sus facciones. Era un rostro agradable, de alargados ojos eslavos, de un bello y limpio tono gris. El pijama ponía de relieve la anchura de sus hombros bien musculados. Era un hombre hermoso, atlético, de inteligente mirada directa. A sus cuarenta y cinco años, Antón Dimitrov resultaba sumamente agradable, con su recia boca, los aladares encanecidos, su rostro viril y honrado… Pero eso podía significar muy poca cosa.

—¿Qué clase de trabajo?

—Bueno… De todo. Ellos insisten en que yo no puedo olvidar a mi patria auténtica. Aceptan que me haya nacionalizado francés, pero aseguran que eso no tiene importancia. Dicen que siempre son bien recibidos los hombres como yo, introducidos en círculos especiales de información.

—Entiendo eso. Y, realmente, no puedo reprocharles que intenten convertirlo en colaborador de la MVD Eso, señor Dimitrov, es natural, y no seré yo quien se moleste con Seminef y Borianov por intentarlo. Están haciendo su trabajo de espías, eso es todo. Por esa parte, sólo merecen mi aprobación profesional. Lo comprendo, de veras. Pero… quizá hay algo más.

—¿Más?

—¿No le han propuesto ningún trabajo… concreto?

—Han insinuado… La verdad es que me han dicho claramente que les agradaría recibir informes míos sobre las pocas traducciones que realizo en el Centro Internacional de Conferencias.

—También eso lo comprendo y no despierta animosidad alguna en mí. ¿Qué más?

—No hay nada más.

—Recapacite, señor Dimitrov.

—¡No hay nada más!

—¿Nada sobre un atentado, por ejemplo?

—¿Un atentado? —Se sobresaltó el ruso-francés—. ¿Contra qué

o contra quién?

Baby entornó los ojos. Quizá ella se estuviera volviendo realmente una ingenua, que acudía a trampas bien preparadas aun oliéndolas de lejos… Quizá estuviese perdiendo facultades. Pero lo cierto fue que creyó completamente la sorpresa del ruso.

—¿No le han hablado de un atentado?

—No… ¡Le aseguro que no!

—Señor Dimitrov: hay cuatro agentes rusos que están traicionando a la MVD Dos de ellos son sus amigos Seminef y Borianov. Los otros dos se llaman Sergei Vanikov y Yura Kovenko. Entre ellos cuatro están planeando asesinar a Harriman, Xuan Thuy y la señora Thi Binh, que llegó ayer…, es decir, anteayer ya, a París. Suponemos que están esperando al presidente de Vietnam del Sur, el señor Van Thieu, convencidos de que finalmente accederá a participar en la conferencia próxima para la paz en Vietnam, que se celebrará en el Centro Internacional de Conferencias… ¿No sabía usted nada de esto?

No. Antón Dimitrov no lo sabía, y Baby lo comprendió así al ver cómo una palidez cada vez más intensa se iba apoderando del rostro del galo-ruso, que quedó finalmente desencajado, mostrando una absoluta expresión aterrada. La impresión fue tal para Dimitrov, que tardó no menos de cinco segundos en recuperar la palabra.

—Le… le aseguro… le aseguro…

—Está bien, señor Dimitrov.

—Le aseguro que no sabía…

—Le creo, no insista.

—Pero esto… ¡esto es horrible! ¡Si matan a esas cuatro personas la situación puede llegar a lo peor!

—Efectivamente. Nosotros tenemos ya a dos de esos hombres… Y queremos a los otros dos. ¿Sabe usted dónde encontrarlos?

—No… No. Yo sólo conozco a Borianov y Seminef…

—¿En ningún momento han dicho ellos algo que usted pudiera relacionar con un atentado?

—¡No! ¡Solamente insistían en que yo debía trabajar para Rusia…! ¡Sólo eso!

—Bien… Por cierto: ¿aceptó usted esa proposición, señor Dimitrov?

—No.

—¿Por qué no? ¿Ya no ama a su patria, a su Madre Rusia?

—Sí… —musitó Dimitrov—. La amo de todo corazón. Pero también amo a Francia. Llegué aquí hace treinta años…, y nadie me ha molestado jamás. Amo a Rusia, y no haría nada contra ella. Ni siquiera, delatar a Seminef y Borianov. Pero si bien jamás haría nada contra Rusia o los rusos, tampoco nadie conseguirá de mí que traicione a Francia.

—Es de bien nacidos ser agradecidos —sonrió suavemente la espía—. Es un refrán español, señor Dimitrov. Pero podemos considerarlo de aplicación universal, ¿no le parece?

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Tendré que pensarlo… Temo que hoy tampoco podré dormir. Oh, pero usted sí puede hacerlo, desde luego. Que descanse.

Brigitte se sentó ahora en un silloncito, encendió un cigarrillo y dejó el maletín junto a sus pies. Dimitrov la miraba con expresión incrédula.

—¿Se va a quedar aquí? —exclamó.

—Así es.

—Pero… ¡No estará esperando que yo siga durmiendo!

—Eso es cosa suya —sonrió la espía—. De todos modos, le aconsejo que se ponga cómodo. No podremos salir de aquí en veinte horas, señor Dimitrov.

—¿Piensa estar aquí veinte horas?

—Hasta que lo llamen por teléfono.

—¿Han de llamarme por teléfono?

—Eso espero. Si esa posible pista falla, tendré que ir a… «convencer» a Seminef y Borianov de que deben decirnos dónde están sus dos compañeros. Pero eso no podrá ser hasta las once de la noche, de modo que permaneceremos los dos aquí. No saldrá usted del dormitorio. Dirá que está un poco indispuesto, pedirá aquí abundante desayuno, almuerzo, cena… Espero que no tenga inconveniente en invitarme. Cuando suene el teléfono, contestará usted. Si es una persona conocida de usted, seguirá normalmente la conversación, asegurando que su indisposición es leve, y que mañana estará en condiciones de salir de casa… Que no venga nadie a verlo, desde luego. Pero si quien llama es persona desconocida, y usted comprende que pueden ser Yura Kovenko o

Sergei Vanikov, me pasará el teléfono a mí inmediatamente. ¿Está todo entendido?

—Sí… Sí, desde luego… Bueno… Si quiere usted dormir unas horas…

—Se lo agradezco, pero aguantaré. Mi récord es de ochenta y cuatro horas sin dormir, y no creo verme obligada a superarlo.

Capítulo VI

Hacia las siete de la tarde, Antón Dimitrov recibió la decimocuarta llamada del día, que, según órdenes dadas a la servidumbre, le fue pasada directamente al dormitorio. Y como en las anteriores ocasiones, Dimitrov atendió con toda naturalidad el teléfono.

Pero apenas hubo musitado una palabra de aceptación, se volvió hacia la espía, con una expresión muy significativa, y le tendió el auricular.

Baby se apresuró, por fin, a ponerse ella al habla.

—¿Sí? —musitó.

Hubo un breve silencio al otro lado. Luego, la voz de un hombre preguntó, en francés:

—¿No está el señor Dimitrov?

—¿Quién le llama?

—Solamente quiero hablar con él, señorita.

—Puedo atender las llamadas que hagan al señor Dimitrov, y le aseguro que no habrá contratiempos

—Lo lamento. Si no es con él…

—Espere —dijo ella en ruso, de pronto, previniendo que iban a cortar la comunicación—. Quizá deba decirle con toda claridad que es mejor que no sea él quien reciba la llamada, señor… ¿Vanikov?

De nuevo hubo un silencio por parte del comunicante, antes de que replicase quedamente:

—No, no… No soy ese Vanikov…

—Quizá sea entonces Kovenko. ¿Sí?

—¿Quién es usted?

—Los dos estamos hablando en ruso, ¿se da cuenta? Eso sería suficiente para que comprendiese la situación. ¿Es usted Sergei Vanikov o Yura Kovenko?

—Ninguno de los dos. Parece que hay un malentendido…

—Es posible. Ciertamente, señor, si no le interesan noticias de

Seminef y Borianov, creo que no tenemos nada más que hablar usted y yo. Buenas tardes.

—¡Espere! —exclamó ahora el otro—. Dígame quién es usted.

—Imposible. Ha habido un error, señor. Se ha equivocado usted de número, eso es todo. Adiós.

Ante el espanto y asombro de Dimitrov, Baby colgó bruscamente el auricular. El ruso-francés no salía de su asombro.

¡Pero usted ha estado esperando durante más de…!

—Volverán a llamar —sonrió ella, mirando su relojito—. No tardarán ni un minuto, señor Dimitrov.

¡No llamarán! ¡Si ellos eran los compañeros de Seminef y Borianov habrán comprendido que algo va mal!

—En efecto. Y de eso se trata. Quedarán tan preocupados que no tendrán más remedio que intentar saber algo llamando a este número. Era lo que tenían que hacer, forzosamente. Ellos saben que Borianov y Seminef estuvieron aquí anoche, ahora no tienen noticias de ellos, saben que usted es pieza importante que ellos estaban intentando convencer… No tienen noticias de sus compañeros… ¿A quién cree que tenían que llamar, forzosamente?

¡No llamarán! ¡Son muy desconfiados, y no…!

El teléfono sobresaltó a Antón Dimitrov, dejando oír de nuevo su agudo timbrazo. El ruso se quedó mirando con expresión desorbitada el aparato, mientras Baby encendía un cigarrillo, sonriendo secamente.

—Como ve, no han tardado ni un minuto —comentó indiferente, expeliendo el humo por boca y nariz.

—Pueden no ser ellos…

—Claro. Puede que no sean ellos.

El aparato continuaba sonando. Dimitrov se quedó mirándolo, y luego miró a la espía, impaciente, nervioso.

—¡Conteste! —Casi gritó.

—Cálmese. ¿No dice que quizá no sean ellos?

Dimitrov se precipitó hacia el teléfono, que continuaba sonando fuertemente. Pero Baby fue mucho más rápida, descolgando el auricular antes de que Dimitrov tuviera la menor oportunidad de hacerlo.

—¿Sí?

—Supongamos que yo soy Vanikov —dijo la misma voz de

antes.

—Es una suposición interesante —dijo ella, displicente—. ¿Está solo o Kovenko está con usted?

—Supongamos que Kovenko está conmigo.

—No me gustan las suposiciones, Vanikov. No he venido de Moscú para escuchar tonterías. Si lo que ocurre es que no puede hablar con tranquilidad donde está ahora, cuelgue y busque un lugar adecuado. Espero su llamada dentro de quince minutos.

—No… No es necesario. Pero quiero saber quién es usted.

—Mi nombre no le dirá nada, supongo.

—Podemos probar.

—Galina Markova, del Directorio Central.

—Mentira.

Baby volvió a sonreír, siempre secamente, y colgó de nuevo el auricular. Ante la atónita mirada de Dimitrov, se sentó en un silloncito y continuó fumando, tranquilamente, fija su mirada en el teléfono.

El aparato volvió a sonar cinco minutos más tarde. Y otra vez Baby dejó que sonase no menos de media docena de veces antes de atender la llamada.

—¿Sí?

—¿Está usted en casa de Dimitrov? —La misma voz de antes.

—En efecto. Es evidente, además.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Quizá mi respuesta no le guste, Vanikov: estoy escondiéndome, por culpa del poco tacto de ustedes.

—¿Poco… tacto?

—Quizá he debido decir «ningún» tacto.

—¿Qué sabe usted de los hombres que mencionó antes?

—Nada. Eso es lo malo. Es decir, lo último que sé de ellos es que estuvieron aquí. Luego, nada. Lo están haciendo muy mal, Vanikov. En primer lugar, Antón Dimitrov es hombre que no cederá nunca, y a esa conclusión se ha llegado en el Directorio. Evidentemente, no debieron insistir tanto, ya que como consecuencia de ello, según presumo, han desaparecido Borianov y Seminef.

—¿Está Dimitrov con usted?

—Desde luego. Él no dirá nada… Rechaza completamente nuestra proposición, pero no dirá nada. Todavía tiene alma de ruso,

y eso es bueno para nosotros. De todos modos, espero que comprenda que urge saber el paradero de Borianov y Seminef.

—Bien… Llevamos muchas horas esperando noticias de ellos. Si usted viene a vernos, podemos buscarlos todos juntos…

—Si está loco, Vanikov, sugeriré que lo envíen a la luna en la primera expedición. Estas son mis órdenes: usted y…

—¿Ordenes? —cortó fríamente Vanikov.

—Ordenes. Autorizadas por el Directorio Central. Allá usted y Kovenko si no quieren atenderlas. Deben venir inmediatamente a la casa de Dimitrov, único lugar donde, paradójicamente, me considero segura… La ineptitud de ustedes está causando graves complicaciones. Es posible que sean acusados de exceso de confianza en sí mismos, grave pecado en un profesional de nuestra profesión. Ahora, Vanikov, pueden ustedes hacer dos cosas. Una: regresar por sus propios medios a Moscú y presentarse en el Directorio, donde se encargarán debidamente de ustedes. Dos: venir a casa de Antón Dimitrov para entrevistarse conmigo y hacer lo posible, entre los tres, para solucionar la grave situación que representa la desaparición de Borianov y Seminef. Por mi parte, sepan que me lavo las manos, después de cumplir mis instrucciones. Si no han venido dentro de una hora, entenderé que rehúsan obedecerme, y entonces regresaré a Moscú. Eso es todo. No se molesten en llamar otra vez, porque no les atenderé.

Cloc.

El auricular quedó de nuevo en su soporte, y la espía se sentó otra vez en el silloncito. Antón Dimitrov se dejó caer sentado en el borde de la cama, moviendo admirado y aún más impresionado la cabeza.

—No vendrán —musitó.

Brigitte lo miró amablemente.

—Usted no sabe lo que significa para un agente de la MVD volver a Moscú en las condiciones en que ellos tendrían que hacerlo, Antón. Afortunadamente, ya pasaron aquellos tiempos en que el fracaso era sinónimo de muerte. Pero le aseguro que esos dos hombres no se atreverán a volver a Moscú dejando las cosas como están ahora para ellos.

—No es posible que confíen lo suficiente en sus palabras para venir hasta aquí.

—No confían del todo… Pero vendrán.
—No vendrán.

* * *

Sergei Vanikov y Yura Kovenko llegaron a la casa de Antón Dimitrov cincuenta y cinco minutos después de la última conversación telefónica con la agente Baby. El mayordomo llamó por línea interior al dormitorio, notificando a Dimitrov que dos señores solicitaban verle con mucha urgencia. A una seña de Baby, Dimitrov dio instrucciones a su criado principal en el sentido de que acompañara a las visitas al piso alto de la mansión, pues pensaba recibirlos inmediatamente, en efecto.

Casi a la hora justa, los dos rusos entraban en el dormitorio, dejando afuera al intrigado mayordomo, que no tuvo más remedio que retirarse. Una vez cerrada la puerta, los dos hombres miraron brevemente a Dimitrov, clavando por fin su mirada en Baby.

—Celebro que hayan sido sensatos —musitó Brigitte, siempre empleando impecablemente el idioma ruso.

—Tenemos cada uno una pistola en la mano —musitó el más alto.

—Conveniente precaución, Kovenko —sonrió ella.

—¿Cómo sabe que yo soy Kovenko?

—Vi sus fotografías en el Directorio General… —las cejas de la rubia falsa se fruncieron con ligera irritación—. ¿Qué ocurre con vosotros? ¿Será preciso que traiga una carta en clave y firmada para que aceptéis mi presencia en París?

—Tu nombre no es conocido por nosotros, Galina Markova.

—Ah… Es lamentable, ciertamente. Me ocuparé de que lo publique toda la Prensa francesa, para que no os quepan dudas. ¿Se os ocurre alguna tontería más?

Los dos rusos miraron sombríamente a la espía yanqui.

—Estamos dispuestos a escucharte —murmuró Kovenko.

—Grata respuesta. ¿Sabíais que Seminef y Borianov tuvieron que matar a un hombre en la casa de Vincennes?

—No… ¿Quién era?

—Lukas Sibinsko. ¿Os suena el nombre?

—No. Y no comprendemos… ¿No era ruso Lukas Sibinsko?

—Desde luego que sí.

Los dos recién llegados cambiaron una mirada.

—¿Y por qué lo mataron Mihail y Nikita? —inquirió Vanikov.

—Debieron tener sus motivos. Y yo creía que vosotros estabais al corriente de ello.

—Pues no… No. No sabemos nada de eso, Galina.

—No puedo creerlo.

—¿No os llamaron ellos para comunicaros lo que había sucedido?

—No.

—¿Tampoco os llamaron para deciros que venían hacia aquí, a ver a Antón Dimitrov?

—¿Por qué habían de hacerlo? Nosotros sabíamos muy bien que Mihail y Nikita iban a venir aquí anoche. Precisamente, esperábamos que nos pusieran al corriente de la última conversación sostenida con Antón Dimitrov.

—¿Sólo eso?

Yura Kovenko se pasó una mano por la cara y acabó rascándose la nuca.

—Tengo la impresión de que estás hablando de una cosa y pensando en otra, camarada Galina. En definitiva: no te entendemos del todo.

—Pues entonces, hablaremos claro de una vez por todas, camarada Kovenko: ¿cómo van los preparativos?

—¿Qué preparativos?

—Quiero que lo entendáis bien: todavía estáis a tiempo de salvaros vosotros. Es grave fracasar, pero aún es más grave traicionar a la MVD Hemos dicho que vamos a hablar con claridad, ¿no es cierto? Pues bien: decidme solamente quién os encargó el atentado. Después, quedaréis completamente… desplazados del asunto. Naturalmente, estáis fingiendo, y lo hacéis bien, tal como fuisteis entrenados. Mi enhorabuena por ello, pero, como sin duda estáis comprendiendo, todo ha sido descubierto. Ahora, escuchad vuestra única oportunidad para seguir con vida… Sólo hay una: dadme los datos de la persona o personas que os encargaron llevar a cabo el atentado de París. Si lo hacéis, todo lo demás, será olvidado satisfactoriamente para vosotros. Es la última palabra del Directorio.

—¿Nos estás acusando de traidores, camarada Markova?

—Exactamente. Por supuesto, no olvido que tenéis cada uno una pistola en la mano, bien escondida en el bolsillo del gabán. Eso no me importa. No creo que seáis tan locos como para matarme a mí, pues eso sería vuestra sentencia de muerte… ¿Qué os ocurre? ¿Habéis perdido el juicio? Por mucho dinero que os paguen, nunca será suficiente para que podáis esconderos de la MVD ¿Estáis locos?

Dejó de mirarlos fríamente, y, con toda parsimonia, extrajo una boquilla de marfil y brillantes de su maletín. Se la colocó entre los dientes, y miró de nuevo a los dos rusos, que parecían petrificados, tensos los rostros, entornados astutamente los ojos, que parecían querer clavarse en ella. Incluso Antón Dimitrov, en absoluto acostumbrado a situaciones como aquella, comprendía que si la mujer sacaba un arma caería muerta al instante, a balazos.

Pero, evidentemente, esto también lo sabía quien decía llamarse ahora Galina Markova, puesto que solamente sacó la boquilla, y, desde luego, con gran cuidado. Luego, sacó un cigarrillo, y de nuevo miró a los dos rusos.

—Bien… ¿Qué contestáis? A mi entender, tenéis pocas alternativas. Mejor dicho, una sola.

—Yura… —musitó Vanikov—, ella no es rusa… Esta mujer no viene de Moscú y su…

Yura Kovenko sacó precipitadamente la mano derecha del bolsillo, mostrando la pistola. En aquel mismo instante, los carrillos de Baby se hincharon y deshincharon rápidamente. Kovenko se llevó la mano izquierda a la barbilla, bruscamente, como quien intenta aplastar un molesto mosquito que le ha picado… Al mismo tiempo, alzaba la mano armada… y giraba blandamente sobre sus rodillas, como en un extraño punto de un nuevo y desconocido baile…, que exigía, además, que los ojos se pusieran en blanco, simulando un desvanecimiento brusco, completo, total.

Y mientras Yura Kovenko se desplomaba girando rítmicamente sobre sus rodillas, Baby saltaba contra Sergei Vanikov, en una veloz y escalofriante trayectoria aérea, digna de una gimnasta de clase internacional.

Vanikov retrocedió un paso y disparó su pistola a través del bolsillo, nerviosamente, tras, la pérdida de poco más de un segundo que había significado mirar a su compañero… La bala, disparada

hacia el aéreo proyectil humano que caía sobre él, no dio en el blanco, pero sí estropeó el empapelado del dormitorio de Antón Dimitrov, que se había puesto en pie de un salto, sobresaltado ante la rapidísima acción de los tres personajes.

Pero el más rápido fue, sin duda, la agente Baby. Su fino cuerpo cayó con la elástica potencia de una pantera, sobre el descentrado Vanikov, que en su intento de continuar retrocediendo perdió el equilibrio, acabó de sacar la pistola… y rodó por el suelo, con la rubia y falsa Galina Markova aferrada a él con una fuerza inaudita, que aún desorientó más al ruso. Después de rodar los dos, fue ella quien quedó encima, pero Vanikov todavía tenía la pistola, y lanzó un golpe tremendo contra aquella carita angelical… Incomprensiblemente, aquella rubia cabecita desapareció de la trayectoria del golpe y, simultáneamente, el agente ruso notó el feroz golpe en la garganta.

Una mancha negra apareció en sus ojos, produciéndole la angustiosa sensación de que se había quedado ciego. Y sin transición, un golpe en su muñeca le arrancó la pistola… Vanikov oyó el ruido del arma al deslizarse por el suelo, lejos de él… Y al mismo tiempo, la mancha negra desaparecía ante sus ojos. En su lugar, de nuevo aquel rostro delicado y hermoso, ahora crispado en una mueca feroz, crispada la boca, dilatada la nariz… Más que verlo, Vanikov presintió el golpe, y apartó la cabeza, hacia un lado… La «delicada» manita de la espía rozó su cuello y golpeó el suelo, con seco chasquido. Vanikov lanzó un aterrador puñetazo, a la desesperada… Era como tener encima una fiera que dispusiera de cien garras a cuál más peligrosa, era una dolorosa sensación de saber que el menor descuido podía costarle la vida…

Pero el golpe de Vanikov acertó justo entre los senos de la mujer, en un impacto que habría bastado para terminar la pelea si se hubiera tratado de una mujer corriente. Aun así, Baby salió disparada hacia atrás, y quedó tendida cara al techo, tan pálido el rostro que se hubiera dicho que estaba muerta si no se hubiera movido aún con más rapidez que Vanikov, el cual, puesto en pie, se lanzaba hacia donde había caído su pistola, todavía estremecido por haber tenido encima aquella pantera… No. Peor aún: una especie de araña rubia cuyas manos parecían cuchillos…

Sergei Vanikov cogió la pistola, acabó de caer de rodillas, se

volvió…

El puntapié le acertó de lleno en la garganta, y lo tiró de espaldas, mal dobladas las piernas bajo el peso de su cuerpo. La araña rubia se cernió de nuevo sobre él, apareció sobre su pecho, como en una atroz pesadilla… Con una nitidez asombrosa, escalofriante, aterradora, desconcertante, Sergei Vanikov vio aquel rostro femenino, que ahora tenía un ojo negro y uno azul… A través de ese rostro, como naciendo de él, pasó una mano pequeña, propinando un feroz tajo.

Vanikov tuvo aún, fugazmente, consciencia de que recibía dos golpes. Uno en la frente. El otro en la nuca… Eso fue todo.

Baby se puso en pie, quedando con las piernas torcidas, débiles, notando todavía como si su pecho estuviese siendo aplastado. Su rostro, aún lívido, se volvió hacia Antón Dimitrov, en un forzado giro que casi le hizo perder el precario equilibrio. El ruso-francés tenía en la mano la pistola de Kovenko, su rostro estaba tenso, demudado por la aterradora sorpresa que le había producido la actuación de aquella «delicada y dulce» muchachita rubia que ahora tenía un ojo negro y uno azul…

Tambaleándose, Brigitte fue hacia la cama de Dimitrov, y se dejó caer en ella, de espaldas. Antón Dimitrov se quedó mirándola, sin saber qué hacer. Los senos de la rubia se agitaban en una lenta, contenida respiración. Tenía los ojos cerrados y, lentamente, el color fue volviendo a su rostro… Y sólo entonces, cuando se dedicó a mirar fijamente aquel rostro, Antón Dimitrov se dio cuenta de que la mujer no tenía los ojos completamente cerrados, sino fijos en él; y que en su manita derecha, la pequeña pistola estaba firmemente encajada y apuntada hacia él.

—No… necesita usted… ningún arma, Antón…

—Quería… Sólo buscaba el modo… de ayudarla…

—Se lo agradezco…, pero ya no es… necesario… Deje caer la pistola al suelo… y retírese…

Antón Dimitrov obedeció. La pistola cayó al suelo, y él retrocedió media docena de pasos, sin dejar de mirar a aquella extraordinaria mujer que peleaba como una auténtica fiera.

—Lamento haber sido desagradable con usted, Antón, pero hace ya mucho tiempo que aprendí a no confiar en nadie.

—Ya he comprobado que eso le ha dado buenos resultados…

¿Qué piensa hacer ahora?

—Seguir adelante. Naturalmente, usted tiene algún coche más bien grande…

—Sí. Lo tengo.

—En ese caso, le ruego que dé órdenes a su mayordomo para que lo prepare para salir inmediatamente. Luego, usted y él llevarán a estos dos hombres al coche.

—¿Qué pasará conmigo?

—Nada. Estoy convencida de que ha sido sincero en todo momento, Antón. No tengo absolutamente nada contra usted. Por favor, llame a su mayordomo y hagan lo que le he pedido.

—Está bien.

Antón Dimitrov recurrió de nuevo a la línea interior para dar las órdenes al mayordomo, que, evidentemente, gozaba de toda su confianza. Mientras tanto, Baby recogió las pistolas de Vanikov y Kovenko, los registró sin demasiado interés, sabiendo que no encontraría nada revelador, y luego procedió a atarlos de pies y manos, utilizando cordones de cortinas y algunas corbatas de Dimitrov. Cuando éste terminó de dar instrucciones al mayordomo, Baby había desistido ya de encontrar su microlentilla oscura, que, sin duda, había quedado triturada durante la pelea por algún pisotón. Lo que hizo fue quitar la que quedaba en su ojo izquierdo, y acto seguido utilizó otras dos, ahora de color violeta, de modo que otra vez quedaron ocultos sus azules ojos, para asombro de Antón Dimitrov.

El mayordomo apareció cuando la espía internacional, ya completamente recuperada del feroz golpe recibido, estaba explicando al ruso que Kovenko no estaba muerto, sino dormido temporalmente por la diminuta flecha disparada con la boquilla.

Naturalmente, el mayordomo se sobresaltó al ver a los dos visitantes en aquel estado, pero a una seña de Dimitrov, sin hacer el menor comentario, le ayudó a alzar del suelo a Vanikov. Salieron del dormitorio llevando al desvanecido ruso, en cuya frente se veía ya el azulado hematoma producido por el escalofriante golpe de karate propinado por Baby. Ésta fue con ellos, y un par de minutos más tarde, Sergei Vanikov yacía en el asiento de atrás del coche de Dimitrov, que el mayordomo había sacado del garaje, y esperaba delante mismo de la salida principal de la casa.

Dimitrov y el mayordomo regresaron en busca de Kovenko, que también fue colocado en el piso del coche, delante del asiento trasero.

—Dígale que se retire —musitó Brigitte, señalando al mayordomo.

Dimitrov asintió con la cabeza, mirando significativamente al mayordomo, que entró en la casa.

—¿Y ahora?

—Ahora, Antón, usted debería venir conmigo.

—¿Lo considera necesario?

—En cierto modo. A decir verdad, no espero que usted pueda ayudarme en nada. Pero antes entendía que usted amaba por igual a Rusia y a Francia. Lo que está ocurriendo puede afectar en cierto modo por igual a sus dos patrias.

—Entiendo.

—De todos modos, no está obligado a venir conmigo.

—Iré. Una persona que no está dispuesta a mantener lo que dice, no vale gran cosa.

Capítulo VII

De acuerdo a lo convenido por radio en el contacto efectuado por Brigitte a las diez de la noche con Viktor Masarian, éste acudió a esperarla con el «Citroen» a la salida de París por Porte de la Chapelle, principio de la Nacional I, que tenía como primer punto importante la localidad de Saint Denis, hacia el Norte.

La espía se apeó del coche de Dimitrov y fue a reunirse en el «Citroen» con Masarian, que miraba con el ceño fruncido hacia el otro vehículo. Pero aún frunció más el ceño al ver al nuevo personaje. Había conocido una anciana impertinente y una pelirroja burlona y muy segura de sí misma. Ahora, junto a él, tenía a una rubia angelical, que le miraba con una chispa de ironía en sus extraordinarios ojos color violeta, que tomaban un sorprendente tono ígneo bajo las luces de París.

—¿Quién es usted? —masculló—. ¿Todavía piensan seguir con el juego de las muchas «Babies»?

—El juego acabó, Masarian. Yo soy Baby

—¿La auténtica?

—La única Baby. Primero le conocí a usted, en Versalles, presentándome como Annette Simonet, duquesa de Montpelier; luego me presenté como la pelirroja Nora Tisdale o «Baby-Siete»… Todo mentira, ya que siempre he sido yo quien ha estado usted viendo. Ahora me está viendo con mi verdadero aspecto, y ya no habrán más cambios de disfraz

—Entonces…, ¿nosotros siempre hemos estado tratando con la única y verdadera Baby?

—En efecto.

—Es usted muy astuta… Mucho. Tanto, que me pregunto si realmente está diciendo ahora la verdad.

—Tengo a Vanikov y a Kovenko en el otro coche. Y también a Antón Dimitrov, cuya inocencia en la preparación de este atentado

me parece obvia. Sin embargo, me las he arreglado para que él venga con nosotros al escondite de ustedes. De modo, pues, que tenemos a Vanikov, Kovenko, Borianov y Seminef. También tenemos a Dimitrov. Ahora sólo hay que ir a donde usted diga, y proceder al interrogatorio de los cinco, a fin de terminar el asunto definitivamente. Como comprenderá, aun suponiendo que fuese cierto que existen diversas mujeres que usan el nombre de Baby, en esta ocasión tengo que ser yo quien esté presente en los interrogatorios. Aparte, insisto en que en todo momento ha habido una sola Baby. Y esa, Masarian, soy yo.

—En tal caso, reciba mi más sincera admiración… Su fama está perfectamente justificada.

—Muy amable. Bien: ¿vamos a ese escondite?

—Sí.

—Iré con Dimitrov, no sea que a última hora cambiase de opinión y desapareciese con Kovenko y Vanikov. Le seguimos de cerca, Masarian.

—De acuerdo.

Baby regresó al coche de Dimitrov. En seguida, desde el suyo, Masarian vio la señal con las luces, y puso en marcha el «Citroen». El otro auto partió detrás inmediatamente.

* * *

Ni siquiera veinte minutos más tarde, los dos coches se detenían, uno detrás de otro, en las afueras de Saint Denis, ante una casa vieja y deslucida, con un jardín grande, pero descuidado… A la luz de la Luna se veían los hierbajos que crecían por doquier, invadiendo el estrecho sendero que llevaba hacia la casa. Debía haber alguna charca muy cerca de allí, porque se oía el croar de numerosas ranas.

El primero en salir de su coche fue Masarian, tras lanzar tres veloces destellos de luz hacia la casa. Brigitte y Dimitrov se reunieron con él, y los tres se quedaron mirando al hombre que se acercaba lentamente, tras aparecer bruscamente de las sombras. Se detuvo a pocos pasos del trío, y musitó, por pura rutina:

—¿Masarian?

—Sí. Venga, Dubonné: quiero que conozca a la auténtica y única

Baby.

El hombre acabó de acercarse, y en la oscuridad, sus ojos relucieron al clavarse en Brigitte, que lo contemplaba fríamente.

—¿Es francés este hombre? —preguntó.

—Sí… —asintió Masarian—. Se llama Jacques Dubonné… Es uno de nuestros elementos nacionales en Francia. Jacques, ella es, por fin, la auténtica Baby. En realidad, ha sido siempre la misma… Un juego de gran astucia, que le explicaré luego.

—No podía ser de otro modo… —Brillaron en la oscuridad los dientes de Dubonné, al sonreír éste—. Tenía que ser ella. Ya les dije que todo lo demás era, simplemente, una demostración de que Baby es siempre la mejor, la más perfecta espía. Lo ha demostrado muchas veces. Y es un honor para mí estrechar su mano, Baby.

Tendió la mano, pero Brigitte no adelantó la suya.

—¿Entiendo perfectamente que usted es francés, Dubonné?

—Sí… Soy francés.

—¿Y trabaja para los rusos?

—Usted sabe que muchos espías trabajan a las órdenes de quien sea, con tal de ganar dinero.

—Lo sé perfectamente. Pero hasta ahora, jamás he estrechado la mano de ninguno de esos traidores… Y no pienso cambiar de modo de pensar, señor Dubonné. Puede utilizar esa mano para quitarse los piojos de su traición.

Jacques Dubonné retiró la mano, lentamente, siempre fijos sus ojos en la espía internacional.

Masarian soltó un gruñido.

—Estamos juntos en esto, Baby. De un modo u otro, Dubonné está ahora luchando por la paz.

—Pero no como una blanca paloma, sino como un cuervo. Yo soy una tonta e inocente paloma de paz, Masarian, pero Dubonné es sólo un traidor obedeciendo en todo momento órdenes rusas. No creo que haya nada más que hablar sobre eso.

—No tiene importancia. Masarian —musitó Dubonné—. Acabemos lo que nos ha reunido a todos, y podremos despedirnos. Avisaré a Boris y Andrei para que los ayuden a… Bueno, supongo que tienen a los otros dos aquí, en el coche

—Sí.

—Venga, Baby… La llevaré abajo, mientras ellos se encargan de

los recién… invitados a la reunión.

Brigitte se fue detrás de Dubonné. Boris Tomenief y Andrei Vegovoi estaban esperando en la puerta. Se cruzaron con ellos, en silencio, a una seña de Dubonné, que llevó a la espía al interior de la casa. Fueron a la cocina, y por una puerta situada al fondo de ésta, bajaron a la bodega. Una húmeda, grande y clásica bodega de casa solariega francesa. A un lado, había otra puerta, entre dos grandes toneles de vino, perfectamente disimulada. Jacques Dubonné la abrió y señaló ante él. Había un pasadizo natural, una gruta, que se perdía hacia las profundidades de la tierra. A ambos lados de las húmedas paredes se veían linternas encendidas, y los negros orificios de las ramificaciones de la gruta.

—Esta casa, con su bodega y su gruta natural, jugó un papel importante en algunas acciones del maquis francés durante la segunda gran guerra… —informó Dubonné—. Ahora, a su modo, sigue resultando muy útil.

Brigitte no contestó, y el francés se volvió a mirarla; vio clavados en los suyos dos ojos color violeta, que parecían tan fríos como si fuesen de cristal, sin expresión alguna. Muy bien podrían haber sido, realmente, dos bolas de cristal.

Por su parte, Brigitte hacía lo posible para ocultar tras su inexpresividad, el profundo disgusto que le causaba aquel hombre… Jacques Dubonné, de unos cincuenta años, casi completamente calvo, barbilla hundida, ojos claros, como los de una serpiente; era de estatura mediana, delgado, fibroso. Su boca era pequeña, delgada, desagradablemente húmeda. Verdaderamente, Jacques Dubonné no necesitaba ser un traidor para resultar desagradable.

—Parece que no le interesa la historia de la casa, Baby.

—En absoluto. He conocido sitios mucho más interesantes que éste, Dubonné. ¿Han despertado los prisioneros?

—Casi completamente.

—Pues vamos a verlos.

Dubonné encogió los hombros y precedió a la espía por el pasadizo natural que enlazaba con la bodega de la vieja casa. Recorrieron no menos de trescientas yardas antes de detenerse delante de una puerta de carcomida madera, pero todavía muy sólida, debido a los flejes de hierro que sujetaban los diversos tablones que la componían.

—Un calabozo del maquis… Algunos alemanes lo pasaron francamente mal ahí dentro.

Abrió la puerta y señaló el interior. Pero Brigitte, con irónica expresión de desconfianza, esperó a que entrase primero el francés. Luego, lo hizo ella, y vio en seguida a Nikita Borianov y Mihail Seminef, los cuales, tal como ella había calculado, estaban despiertos. Le había parecido mejor llegar entonces que con demasiado tiempo anticipado. Así, sin pérdida de tiempo, se podía proceder a aclarar todo lo relacionado con el atentado que se proyectaba en París.

Los dos rusos prisioneros la miraron fijamente, inexpresivos sus rostros. No la conocían, desde luego, pero estaba bien claro que no debían esperar nada bueno de aquella dulce rubia de hermosos ojos color violeta.

—¿Están completamente despejados? —les preguntó Brigitte.

Ninguno de los dos contestó. Brigitte encogió los hombros, dejó sobre una gran mesa de madera hinchada por la humedad su maletín, y procedió a encender un cigarrillo.

Apenas dos minutos más tarde, llegaron los demás, transportando a Kovenko y a Vanikov. Baby miró a los anteriores prisioneros, y captó su súbita y ligera palidez. Con la presencia de Kovenko y Vanikov allí, también prisioneros, era evidente que se desvanecían sus últimas esperanzas. Sergei Vanikov, con su visible hematoma en la frente, había recuperado finalmente el conocimiento, lo cual demostraba su gran resistencia craneana: generalmente, uno de aquellos golpes de la agente Baby producía la muerte instantánea. Kovenko continuaba bajo los efectos de la droga con que había estado impregnada la flechita disparada con la boquilla por Baby.

Ésta se acercó al ruso cuando lo hubieron dejado caer al suelo y le alzó un párpado. Luego, en silencio, estuvo manipulando en su maletín, hasta succionar con una jeringuilla cierto líquido de una botellita. Lo inyectó al ruso, que apenas tres minutos más tarde abría los ojos.

Precisamente, a la primera persona que vio fue a Brigitte, y el gesto del hombre se ensombreció hoscamente.

—Bien… —musitó Brigitte—. Parece que todos los que sabemos algo sobre esto estamos presentes. Por tanto, creo que ha llegado el

momento de aclarar los hechos definitivamente. Todos nos conocemos, de modo que huelgan las presentaciones. ¿De acuerdo?

Inmediatamente frunció el ceño, al caer en la cuenta de que había hablado en ruso, idioma que quizá desconociera el traidor Jacques Dubonné. Se volvió hacia él, dispuesta a darle la misma explicación en francés si era necesario…, y quedó inmóvil completamente al ver la pistola en manos del francés.

Éste sonrió siniestramente, mostrando unos dientes largos, amarillentos, lobunos.

—Efectivamente —deslizó con mordaz amabilidad—, usted se definió muy bien, Baby: una paloma. Paloma de paz, pero… cándida paloma. Casi me siento decepcionado por la facilidad con que se ha dejado cazar… en pleno vuelo.

Capítulo VIII

Jacques Dubonné quedó en verdad decepcionado cuando, tras sus palabras, la espía norteamericana permaneció impasible. No hubo la menor muestra de miedo en sus ojos, ni se crispó su rostro, ni palideció.

Simplemente, se quedó mirándolo como si fuese un asqueroso objeto poco digno de ser tenido en cuenta. Luego miró hacia los demás, y su expresión tampoco se alteró al ver a Dimitrov bajo el control de las pistolas de Boris y Andrei, mientras que Viktor Masarian, al igual que Dubonné, la apuntaba a ella. En los cuatro rostros había una seca sonrisa burlona.

Fue ella quien sorprendió a sus enemigos, de pronto, al sonreír como una niña grandemente divertida por un maravilloso juego inesperado.

—¿Todo era mentira? —preguntó, tranquilamente.

—Todo… —sonrió Dubonné—. Y no me diga que ha comprendido por fin la jugada. La gran jugada.

Baby sonrió despectivamente, mientras chupaba de su cigarrillo como acariciándolo.

—He desbaratado anteriormente otras grandes jugadas de los rusos, Dubonné. Por el bien de ustedes, espero que ésta haya sido mucho mejor planeada que la de Colombia[3].

—Personalmente, ignoro a qué se refiere… —replicó Dubonné —. Pero sí puedo asegurarle que esta jugada no la desbaratará usted, Baby.

El más asustado, y desde luego sorprendido de todos, era Antón Dimitrov. Había palidecido, y miraba de unos a otros sin comprender absolutamente nada.

—A todos nos llega nuestra hora… —aceptó Baby—. Y soy de las que saben perder, Dubonné.

Pero me gustaría saber por qué voy a morir, y qué es lo que

realmente han planeado ustedes.

—En primer lugar, usted no va a morir… Ah, no… Eso sería demasiado fácil…, y poco productivo. La agente Baby, muerta, vale mucho menos que viva.

—Lógicamente —sonrió ella, con frialdad—, debería ser la primera interesada en prolongar esta conversación, Dubonné, pues mientras estemos hablando significará que sigo con vida. Pero ni aún en estas condiciones me gusta perder el tiempo. Así, pues, le concedo a usted la gran satisfacción de explicarme todo lo listo, inteligente y astuto que ha sido al planear esta… gran jugada que aún no acabo de comprender. Le escucho. Sus palabras…

Baby calló bruscamente, y se quedó mirando al hombre que acababa de aparecer en la puerta de aquella especie de hermético camarote, sin ventilación alguna, con la puerta como única salida. El hombre recién aparecido en los escalones, y por tanto a nivel superior al de todos los demás presentes, era un chino. Sus negros ojos oblicuos se fijaron inexpresivamente en la espía internacional. Mas no tan inexpresivamente que Brigitte dejara de notar el ramalazo de triunfo, y, sobre todo, de odio.

—Se llama Won Chi… —sonrió Dubonné—. Pertenece al Servicio Secreto de la China roja. En cuanto a mí, le diré que mi nombre verdadero es Enhod Jashi, y soy albanés.

—Ah… —musitó Brigitte—. Un albanés… Sí, ciertamente, la China Roja tiene una cariñosa amistad con Albania. Pero sigo sin comprender.

—Comprenderá muy pronto, Baby. Usted, de un tiempo a esta parte, está resultando excesivamente molesta para los chinos de Mao. Sus actuaciones les han ocasionado muchas bajas y contratiempos. Ha hecho fracasar demasiados planes de China continental.

—En efecto —sonrió de nuevo Brigitte—: he tenido ese placer.

—Placer que pagará muy caro.

—¿Con la vida? —Casi rió despectivamente la divina espía.

—La vida es… como un soplo ligerísimo. No vale gran cosa. Hay cosas peores que morir, Baby. Y le aseguro que los chinos no han olvidado su gran arte que les dio fama hace años… Estoy hablando, ahora, de las torturas chinas. Usted va a ser enviada a China. Y allá, le demostrarán todo el refinamiento del arte oriental de la tortura.

Espero que viva el tiempo suficiente para decirles muchas cosas a mis amigos y para desear… morir de una vez.

—Su sadismo me conmueve, Dubonné. ¿Estará presente en las manifestaciones de… arte chino? Ah, no dudo que será un gran placer para usted.

—No tenga la menor duda sobre eso.

—Bien… ¿Y el objeto de todo esto?

—Capturar a Baby.

—¿Le parece buen negocio ese riesgo, Dubonné?

—Magnífico negocio… —Dubonné movió su pistola—. Pero como ve, ni siquiera significa un riesgo. ¿Sabía usted que los chinos comunistas han aumentado la oferta ofrecida por la MVD por la cabeza de la agente Baby?

—Algo he oído al respecto. La duda está en si son cuatro millones de dólares o solamente tres.

—Tres. Si yo entrego el cadáver de Baby, cobraré solamente un millón de dólares. Pero si la entrego viva, el premio ofrecido es de tres millones de dólares.

—Entiendo. ¿Y todo este tinglado lo ha montado usted con el exclusivo propósito de cazarme, Dubonné?

—Así es. Lo primero que debo decirle es que estos cuatro hombres prisioneros no saben absolutamente nada sobre el atentado. Es decir, que Sergei Vanikov, Yura Kovenko, Mihail Desanima y Nikita Borianov, son simplemente espías, agentes de la MVD en París cumpliendo su trabajo. El último al que se dedicaban era convencer a Antón Dimitrov de que debía trabajar para la MVD

—Ya sé eso. ¿Y ellos?

Señaló a Viktor Masarian, Andrei Vegovoi y Boris Tomenief, que sonreían burlonamente.

—Ellos son los auténticos traidores a la MVD Aunque la palabra traidor quizá no encaje exactamente. Yo conocía hace tiempo a Vegovoi, y le propuse el… negocio: atrapar a Baby. Le dije que los chinos ofrecían tres millones, contra uno que ofrecía la MVD Y llegamos al acuerdo de cazarla a usted y entregarla a los chinos, no a los rusos. Yo ideé todo el plan. Vegovoi consiguió fotografías de compañeros suyos de París: Kovenko, Borianov, Semenief y Vanikov. Luego, enviamos la carta a la central de la CIA, solicitando la presencia de la agente Baby en París…

—Y me explicaron toda esa sarta de mentiras respecto al atentado contra los conferenciantes para la paz en Vietnam. Es de suponer que Vegovoi tenía localizados a Kovenko, Borianov, Semenief y Vanikov, pero simularon que no era así, y que estaban siguiendo una pista, sin grandes garantías. Por fin, «encontraron» esa pista, en una casita de Vincennes. De allí, partimos para encontrar a Borianov y Seminef en la casa de Anton Dimitrov, gracias a que Lukas Sibinsko había podido colocar un transmisor en el coche de ellos. Pero, evidentemente, todo estaba planeado así, a fin de que, a medida que íbamos cazando a los que se suponía iban a perpetrar el atentado, ustedes fuesen asegurándose de que, en efecto, estaban tratando con la agente Baby de la CIA ¿Exacto?

—Exacto. Suponíamos que a medida que las capturas de los cuatro se fueran sucediendo, la auténtica Baby tendría que ponerse en contacto con nosotros, a fin de interrogar a los prisioneros y desbaratar completamente todo el plan para el atentado. Y así ha sucedido: tras algunas vacilaciones, tras enviar primero a una vieja, luego a una pelirroja, por fin ha aparecido la auténtica Baby. Lo cual era, en definitiva, nuestro único objeto: cazar a Baby. Realmente, su captura estaba ya preparada en Versalles, pero desconcertó a Masarian y a los demás al presentarse magníficamente caracterizada de anciana. Luego, al aparecer como una pelirroja, también los engañó y desconcertó, y hubo que esperar nuevamente, incluso preparando el asunto de la casita de Vincennes, para dar más verosimilitud a todo.

—¿Qué quiere decir con el asunto de la casita de Vincennes? ¿Se refiere a la muerte de Lukas Sibinsko?

—Pues…, sí —casi rió Dubonné.

Brigitte entornó los ojos.

—Aquel hombre no se llamaba Sibinsko —musitó.

—En efecto: no se llamaba Sibinsko

—Ni era ruso.

—No… No era roso.

—Era… —La espía se pasó la lengua por los labios—. Era un hombre cualquiera, un hombre que encontraron en París, lo llevaron a la casa de Vincennes y lo mataron. Tenían prevista la necesidad de tener que hacer algo así, de modo que ya tenían preparada la documentación, la radio de bolsillo, las demás cosas…

Uno de ustedes mató a ese pobre hombre, a ese pacífico francés que paseaba por París… Lo capturaron, lo llevaron allí, lo asesinaron de dos balazos en la nuca… todo, para que yo, o las mujeres que ustedes creían que yo iba enviando, creyera que la cosa iba en serio al ver el cadáver de un hombre que ustedes decían era su compañero Lukas Sibinsko… así, finalmente, la verdadera Baby tenía que ponerse en contacto con ustedes, tarde o temprano…

—Y así ha sido. Además, nos ha hecho un gran servicio: eliminar de la circulación en París a estos cuatro verdaderos y… honestos agentes de la MVD, que jamás podrán informar que Vegovoi, Masarian y Tomenief, tras capturar a la agente Baby, la entregaron a un albanés que, a su vez, la entregó a la China Roja, en lugar de entregarla a Rusia. En definitiva, cada uno ha cumplido su parte: Vanikov, Kovenko, Seminef y Borianov, han sido los hombres en los cuales ha fijado usted su atención creyendo que eran los que querían llevar a cabo el atentado contra los conferenciantes de la paz para Vietnam; Antón Dimitrov ha sido el eje que ha hecho girar a los cuatro anteriores, haciéndole creer a usted que podía ser el dirigente del grupo que preparaba el asesinato… En cuanto al hombre muerto en la casa de Vincennes, todo fue trabajo personal de Boris: él buscó al hombre y lo llevó a la casa después que Seminef y Borianov se hubieran marchado de ella, llevándose en el coche un transmisor que colocó Vegovoi. Luego, tras matar al francés desconocido, Boris fue a recoger a Vegovoi, se unieron con Viktor… y fueron a esperarla a usted en Porte de Vincennes… ¿Alguna duda?

Brigitte movió negativamente la cabeza.

—No… Es decir, sólo una: ¿todo esto lo han hecho para atraerme a mí a París, y luego asegurarse de que finalmente, quien acudía ahora a la cita era yo, la única, la verdadera Baby?

—Así es.

—Entonces…, ¿no existe ese proyecto de atentado que podría dar lugar a conflictos mayores en el mundo?

—No. No existe ese proyecto. Solamente se trataba de atraerla a usted, para venderla, viva, a China, por tres millones de dólares.

—¿Cómo me enviarán a China? ¿Por correo?

—Admirable humor… —sonrió Dubonné—. No, desde luego no irá por correo. Hay en la casa una caja de madera, grande, en la

cual será usted introducida. Hecho esto, vendrá una camioneta, recogerá la caja y la llevará al aeródromo de Le Bourget, donde un avión se hará cargo de la caja, llevándola a Piraría. Allí, otro avión *la* estará esperando, con un par de altos jefes del Servicio Secreto chino, que la recibirán muy gustosamente y la… invitarán a pasar una temporada en China.

—¿Y ellos? —señaló Brigitte a Dimitrov y a los cuatro rusos prisioneros.

—Temo que tendrán que desaparecer Sería muy desagradable para Masarian, Vegovoi y Tomenief que sus cuatro compañeros quedaran vivos, pues los delatarían inmediatamente, por supuesto.

—De donde se desprende —suspiró Brigitte—, que van a quedar vivos los traidores y morirán los agentes de la MVD, que todo lo que han estado haciendo en París es cumplir con su trabajo, igual que hago yo cuando me desplazo fuera de Estados Unidos.

—En efecto. Parece que esta vez van a ganar los «malos», Baby.

—Lo lamento… —murmuró Brigitte, mirando primero a Antón Dimitrov, que estaba intensamente pálido, y luego a Vanikov, Kovenko, Borianov y Seminef—. Lo lamento de veras, colegas… Y también lo siento por usted, Antón.

—Bien… —deslizó insidiosamente Dubonné—. No perdamos más tiempo. Salga, Baby. Won Chi la está esperando con impaciencia. Él viajará con usted, a Tirana y, finalmente, a Pekín, según creo. ¡Deje ese maletín donde está! Yo se lo llevaré hasta su caja… ¡Vamos, salga!

Brigitte dirigió una última mirada a los espías rusos que iban a pagar con su vida la jugada ideada por Jacques Dubonné, y luego miró a Dimitrov, cuya palidez no podía ser más intensa. Por fin, Baby inclinó la cabeza, y subió lentamente los cuatro peldaños que llevaban a la puerta de aquella espaciosa, húmeda y triste celda, en la que sólo había algunos muebles viejos, carcomidos… Jacques Dubonné subió tras ella…

—Eh… —llamó Vegovoi—. ¿Liquidamos ya a estos cinco?

—Sí… —sonrió de un modo extraño Dubonné—. Así tendréis algo en qué entreteneros antes de morir.

Sin darles tiempo a reaccionar, ni siquiera a pensar, el falso francés salió rápidamente de la celda, cerrando tras él. Brigitte le dirigió una mirada de asombro, pero no se movió, segura de que

Won Chi no vacilaría en disparar contra ella aunque sólo fuese para herirla, cosa que no le convenía de ninguna manera, lógicamente.

—¿Qué hace usted, Dubonné? —musitó.

Tras la puerta, se oían los gritos de Viktor Masarian, Andrei Vegovoi y Boris Tomenief, airados. Las gruesas tablas que formaban la sólida y hermética puerta se estremecieron bajo los golpes… Y eso fue todo.

—Somos demasiados… —explicó Dubonné, sonriendo ahora siniestramente—. A decir verdad, me he estado burlando de TODOS los rusos de la MVD, utilizándolos como he querido. Me han servido de mucho para cazarla a usted, pero ahora… ya no los necesito. Ni veo la necesidad de repartir con ellos mis tres millones de dólares.

Brigitte sonrió como una niña muy comprensiva.

—Es usted astutísimo, Dubonné… En realidad, está traicionando a todos los que se relacionan con usted.

—Ya sé que es feo —rió el albanés llamado Enhod Jashi—, pero son cosas del espionaje. Observe… Le diré lo que va a pasar ahora ahí dentro, en ese putrefacto calabozo. Ante todo, abriré esta pequeña puerta tan bien camuflada…

La mencionada puerta estaba muy camuflada, en efecto. Era un hueco en la pared de tierra y roca, cubierto por un panel de madera y forrada exteriormente de cartón piedra. Estaba tan bien conseguido que parecía formar parte del muro del pasadizo.

Dentro se veían viejas pistolas oxidadas, algunas granadas de mano, que quizá todavía pudiesen hacer explosión, y, lo que llamó la atención especial de Brigitte, una palanca de madera… Dubonné la bajó y, casi al instante, a los finos oídos de la espía llegó un rumor apagado de algo que tardó un par de segundos en identificar. Miró entonces a Dubonné y vio su sarcástica, cruel sonrisa.

—Agua… —dijo él—. Hay charcas y depósitos porosos alrededor de la casa. Fueron aprovechados en algunas ocasiones…, y, como sin duda está oyendo, todavía funcionan. Seguramente no tan bien como hace veintitantos años, pero esa celda acabará por llenarse completamente de agua… Y es hermética. ¿Se imagina lo que sucederá?

—Morirán ahogados esos ocho hombres —musitó Brigitte.

—Así es. No soy tan sádico como usted supone… La verdad es que me gustaría haber terminado con todos ellos de un modo más

rápido. Pero habría sido muy… laborioso y lento. Y peligroso. Así, sin peligro de ninguna clase, sé que todos ellos estarán muertos dentro de… unos treinta o cuarenta minutos, calculo. Bien… Esto ha terminado, Baby. Ahora, camine por el pasillo… Su caja de madera la está esperando: casi puede considerarla usted como su ataúd.

—Dubonné: hay cinco hombres ahí dentro que no merecen morir. Déjelos salir. Que se marchen. Son espías rusos cuatro de ellos, lo sé muy bien, pero eso para mí tiene un significado muy distinto al que usted pueda pensar. Son colegas, y eso es todo. Han estado haciendo su trabajo, como yo el mío…

—¿Me está pidiendo que les perdone la vida?

—A Dimitrov y a los cuatro rusos no traidores, sí. Quizá yo misma tenga que matarlos más adelante. Pero por ahora, ellos no merecen que Baby los ejecute. Déjelos marchar a todos y haremos un trato ventajoso para usted.

—Usted está loca… —rió Dubonné—. ¿Cómo se le ocurre la estúpida idea de proponerme ningún trato, en su situación?

—Mi situación es menos mala de lo que usted cree… —sonrió fríamente la divina espía—. Y, desde luego, no soy ninguna loca. Lo habría sido si no hubiera adoptado mis precauciones antes de venir aquí… Pero las tomé. En estos momentos, dos docenas de agentes del «Deuxiéme Bureau», al mando de un amigo mío, están rodeando la casa.

—Mentira —jadeó Dubonné.

La implacable espía miró su relojito, impasible.

—Dentro de cinco minutos exactamente, ellos comprenderán que si no he salido de la casa ni les he llamado por la radio que hay en ese maletín que usted retiene, es porque existen graves dificultades. Y a partir de ahora cada persona que quiera salir de esta casa, será acribillada.

—Está mintiendo… ¡No le haga caso, Won Chi! ¡Ella está mintiendo!

El chino parecía una estatua de piedra vieja, amarillenta. Sus oblicuos ojos miraban fijamente a la espía yanqui, como si tuviera alguna esperanza de poder adivinar la verdad por cualquier fallo en la inexpresividad de Baby. Pero no hubo fallos en el rostro de la espía norteamericana.

Por fin, la voz de Won Chi se dejó oír:

—Vamos a salir de aquí los tres, Baby —dijo en perfecto inglés —. Y le recuerdo que siempre es mejor cobrar un millón de dólares por su cadáver que no cobrar nada. De usted depende que llegue a China viva… o muerta. Camine hacia la salida.

Brigitte miró hacia la puerta de la celda. El rumor del agua se oía ahora fuertemente, y en la madera sonaban los golpes de los hombres encerrados, y se oían sus voces… Por fin, se pasó la lengua por los labios, y comenzó a caminar hacia los húmedos pasadizos, con la actitud de quien, finalmente, se considera vencido y ha perdido ya todas las esperanzas.

Su aspecto era tan abatido, tan triste, tan vencido, que ni siquiera Dubonné desconfió. Había planeado las cosas de un modo complicado y perfecto, sin duda porque había comprendido que si la agente Baby tenía fama era porque la merecía. Y, a pesar de eso, aceptó su triunfo sin desconfianza. Para él, la expresión derrotada de Brigitte fue auténtica. Cometió el error de olvidar que siempre había estado convencido de que la agente Baby era peligrosa como una víbora.

Ese error fue aprovechado por la espía, sin una vacilación. Mientras pasaba junto a Dubonné como si fuera a desmayarse de un momento a otro, su mano derecha salió lanzada como una guillotina horizontal hacia la garganta del albanés. Fue un tajo tremendo, veloz como un rayo, que alcanzó de lleno su objetivo, lanzando hacia atrás y piernas arriba al falso Jacques Dubonné, cuyo grito de espanto quedó atascado en su garganta, tan clavado en la carne como el feroz golpe…

Capítulo IX

Por efectos del terrorífico golpe, Jacques Dubonné salió volando de espaldas, alzando los pies, y que a chocar fuertemente contra el impasible representante del servicio secreto chino. El impacto fue tan violento que ambos hombres rodaron por el suelo, en un extraño abrazo mutuo.

El primero en ponerse en pie fue Won Chi, mientras Dubonné, que pudo ponerse de rodillas, se dejaba caer inmediatamente de bruces, tosiendo como si los pulmones se le hubieran convertido en pedazos, llenos los ojos de lágrimas, sin ver con ellos otra cosa que una negra pantalla que era el preludio de la inconsciencia.

Won Chi, una vez en pie, alzó la mano que sujetaba la pistola y buscó con su mirada ya no tan impasible a la feroz causante de aquel velocísimo desequilibrio de la situación… La vio. Pero corriendo con todas sus fuerzas a lo largo del pasillo iluminado por linternas. La espalda de la hermosa rubia quedó en la línea de tiro del chino, que apretó el gatillo, sin vacilar… En el corredor húmedo resonó el grito de la mujer, que dio un larguísimo salto en el aire, girando sobre sí misma, como un conejo cazado en plena carrera. Rebotó duramente en el suelo, girando, y Won Chi empezó a construir una siniestra sonrisa en sus pálidos labios… Una sonrisa que se esfumó inmediatamente, pues la mujer, después de rodar por el suelo, no quedó inmóvil, sino que se puso nuevamente en pie y siguió corriendo por el pasadizo.

Cuando Won Chi quiso darse cuenta de ello, estupefacto, petrificado de asombro y rabia, la espía internacional había desaparecido en una de las curvas del pasadizo.

Wo Chi miró a Dubonné, que estaba de nuevo de rodillas, con las manos en la garganta. Estaba más muerto que vivo, pero dispuesto a no dejar escapar a Baby. Todavía tosiendo fuertemente, Dubonné movió una mano hacia les pasadizos, indicando al chino

que fuese tras la espía yanqui, que él iba a seguirlos a ambos inmediatamente. Wo Chi así lo interpretó y echó a correr, silenciosamente. Su comprensión todavía no admitía la realidad de los hechos: aquella mujer era especial por todos los conceptos. Lo había demostrado el presentarse primero como una anciana, luego como una pelirroja, finalmente como una rubia… Lo había demostrado al engañar a Masarian, Vegovoi y Tomenief. Lo había demostrado en muchas ocasiones al estropear diversos planes del espionaje chino. Lo había demostrado, finalmente, al escapar por entre dos hombres que tenían su pistola en la mano, como si la cosa no tuviese el menor peligro…

Lo había demostrado hasta la saturación. Y, sin embargo, para Won Chi, los hechos indicaban solamente esto: una mujer, una simple mujer, estaba escapando de su alcance. Y eso no era lógico… No. No era lógico que una muchachita pudiese escapar de aquel apuro. Por mucho que corriese, él la alcanzaría antes de que llegase a la bodega.

Y este fue, en definitiva, el gran error de Won Chi, entre los muchos que su mente engañada estaba cometiendo. Su error principal: creer que aquella jovencita de rubios cabellos sólo pensaba en huir.

Falso

Pero Won Chi lo comprendió demasiado tarde. Lo comprendió cuando, al salir de una de las muchas curvas del pasadizo buscando a la fugitiva por delante de él, ella apareció a su lado, y se colocó a su espalda con la velocidad del relámpago, en una maniobra no sólo agilísima, sino cuídela… Won Chi vio algo brillante que pasaba por encima de su cabeza y, al mismo tiempo que una rodilla de la mujer se clavaba ferozmente en sus riñones, el finísimo alambre de acero se hundía en su garganta, en un seco tirón. Fue como si el chino recibiese una cuchillada en la garganta. Cayó de rodillas, y la fuerza de su impulso arrastró a Baby, que pasó por encima de la cabeza del oriental, en una voltereta perfecta, acrobática… Won Chi soltó inmediatamente la pistola y sus manos fueron hacia la garganta, pretendiendo arrancar de allí el fino alambre de acero que le estaba estrangulando y degollando a la vez. Pero en vano sus dedos se hundieron en la carne de su cuello en busca del alambre, que se hundía más y más, y más, y más… Como en un film de proyección

al revés, Baby dio la vuelta hacia atrás, y quedó a horcajadas sobre la espalda de Won Chi, tensos sus bracitos, crispadas las manos en aquel tirón del alambre que siempre, siempre, llevaba en la cintura de sus vestidos.

Está comprobado sin lugar a dudas que quienes mejor hacen las cosas, sean éstas las que sean, son los profesionales. Y si el profesional es de categoría, nada puede fallar. Así, pues, esta fue la última verdad que Won Chi supo en su vida, mientras el alambre de acero acababa de hundirse en su garganta. Won Chi pasó de la Vida a la Muerte en muy pocos segundos. No sufrió torturas chinas. Solamente fue estrangulado por un simple alambre de acero y unas delicadas manos que en aquellos momentos parecían feroces garras de muerte.

Fin.

Baby comenzó a ponerse en pie, vacilante, temblando todavía debido al esfuerzo nervioso y muscular… Oyó las pisadas tras ella y se volvió, lanzando su mirada hacia donde había caído la pistola de Won Chi. Vio la pistola… Pero al mismo tiempo, otra pistola, manejada furiosamente por Jacques Dubonné, caía sobre su cabeza, en un impacto tan fuerte, tan salvaje, que la rubia peluca se ladeó, dejando al descubierto algunos mechones de negros cabellos. La dulce boquita de la espía se abrió, se crispó en un gesto de dolor, de terror, de angustia.

Y eso fue todo.

* * *

Lo primero que vio al abrir los ojos fue algo oscuro y compacto. Parecía una pared. Volvió la cabeza y vio un techo de tono oscuro, sostenido por feas vigas de madera. Acabó de girar la cabeza hacia la izquierda…, y ante sus ojos quedó el crispado, ensangrentado, horrible rostro de Won Chi, a menos de diez pulgadas. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas, y la boca torcida en una mueca de infinito espanto y agonía…

—Viajará con usted.

Alzó la mirada y vio el rostro de Jacques Dubonné encima del suyo. Un rostro deformado por un odio frío, casi de loco. Brigitte fue a hablar, y entonces se dio cuenta de que no podía hacerlo.

Tardó solamente un segundo en comprender que su boca estaba sellada por una tira ancha de esparadrapo. Y en el mismo tiempo, supo que tenía las manos atadas a la espalda, y que estaba dentro de una caja de madera… Al parecer, iba a emprender el viaje en compañía del cadáver de Won Chi.

—La muerte de Won Chi causará profundo desagrado, Baby… Mucho me place decirle que con esto usted sólo ha conseguido que sus torturas sean más largas y dolorosas. Pasado mañana, según calculo, estará en Pekín, o donde quiera que decidan llevarla. Y no sólo delatará usted todo cuanto sabe de la CIA y sus dispositivos mundiales, sino que pedirá desesperadamente que la maten. Mientras tanto, yo estaré disfrutando mis tres millones de dólares… ¡Raymond!

El rostro de otro hombre apareció en el campo visual de la espía. Un hombre joven, de mirada inquieta, expresión preocupada.

—¿Me la llevo ya?

—Sí… —asintió Dubonné—. Ve a buscar la camioneta. Mientras tanto, yo cerraré la caja. No olvides las instrucciones: directo al aeródromo de Le Bourget. Ya conoces la contraseña de los hombres que se harán cargo de la caja. Infórmales de lo sucedido, y diles que dentro de la caja hay dos cadáveres… Es decir, uno y medio… —sonrió—. Diles que Won Chi está dentro también, para que no se extrañen del exceso de peso. Y que vuelen rápido, pues en Tirana están esperando los dos jefes del servicio secreto chino. ¿Lo recordarás todo?

—Sí. ¿Cómo explico la muerte del chino?

—Ya pongo yo una nota en la caja, de modo que no tendrás que dar explicaciones. Tendrán que aceptar la pérdida de Won Chi. Bien, eso es todo: ve a buscar la camioneta mientras yo clavo esto.

El llamado Raymond desapareció de la vista de Brigitte. También desapareció por unos segundos Jacques Dubonné, pero reapareció pronto, con una tapa de tablones junto a él, y mostrando unos cuantos clavos en su mano derecha. Unos clavos menos duros y fríos que su taladrante sonrisa.

—Un viaje incómodo… —siseó—. Pero, según entiendo, la agente Baby está igual de cómoda en un palacio que en lo alto de una estaca de punta aguzada. Sólo hay que tapar la caja para…

Jacques Dubonné, evidentemente, era de esa clase de personas

que jamás escarmientan. O que jamás comprende que una fiera nunca está lo bastante vencida…, a menos que esté muerta.

Las piernas de Baby se alzaron de pronto, atrapando entre ellas el cuello de Jacques Dubonné, que se encontró con un pesado y peligroso collar de fina carne, de fina seda… Sobresaltado, desorientado, fue vencido por el peso, y cayó sobre Brigitte, siempre con el cuello entre las bellas piernas que parecían de muñeca perfecta. Apoyó ambas manos en los bordes de la caja, y se incorporó bruscamente…, pero llevando colgada de su cuello a la más divina y mortal espía del universo… Durante un par de segundos, Jacques Dubonné tuvo la seguridad de que le sería fácil arrancarse de encima a aquella especie de araña, que bufaba fuertemente sólo por la nariz, colgando de su cuello… Sí: como un collar. Un trágico collar humano.

Furiosamente, el albanés comenzó a golpear el hermoso cuerpo que pendía de su cuello. Golpeó ferozmente, sin la menor compasión, el rostro, el estómago, los senos, el hígado… Y mientras lo hacía, veía en una pesadilla el palidísimo rostro femenino, y notaba en su cuello una presión más y más fuerte. Por fin comprendió que el peligro estaba en aquellas piernas que lo iban estrangulando con una rapidez y una eficacia aterradora. Tuvo que convencerse de ello cuando notó el primer vahído, el primer síntoma de desvanecimiento.

Entonces, en lugar de seguir golpeando, hincó sus manos en los muslos de seda, clavó allí sus uñas con una fuerza brutal, desesperada. Y mientras esto sucedía, en el fondo de la mente de Enhod Jashi estaba el pensamiento de que aquello era imposible, de que aquello no podía estar sucediendo realmente…

Notó en sus dedos el calor y la pegajosidad de la sangre, pero, al mismo tiempo, su cabeza comenzaba a girar, y en sus pulmones parecía hincharse un extraño, terrible globo que podía estallar de un momento a otro. Un globo negro… Tan negro como el mundo que, de pronto, rodeó al falso Jacques Dubonné, mientras caía de rodillas. Y ya ambos en el suelo, Baby giró con fuerza su cintura, de modo que Dubonné cayó de lado, siempre su cuello entre las piernas, que continuaban apretando, apretando, apretando… Por fin, Enhod Jashi apartó sus manos de los ensangrentados muslos femeninos. Parecía que estuviese mirando el techo, con horrible

expresión de asombro.

En el silencio que siguió, solamente se oyó la respiración fortísima, dificultosa, de la agente Baby, cuyos ojos casi estaban tan desorbitados como los del propio Dubonné. Dubonné no reaccionó. Los muertos jamás reaccionan.

Lentamente, las esbeltas piernas sangrantes se apartaron del cuello del espía albanés. Los ojos color violeta fueron hacia la volcada caja de madera, junto a la cual se veía el cadáver de Won Chi… Y el maletín rojo con florecillas azules. Tambaleándose, Brigitte se puso en pie y fue hacia el maletín, para tenderse entonces allí. No tuvo grandes dificultades para llegar con sus deditos al cierre, que movió hacia un lado… Una finísima y afilada hoja de acero apareció en cada extremo de la banda metálica donde se sujetaban las asas del maletín. Y en menos de diez segundos, una de aquellas afiladas hojas de acero fue convenientemente utilizada, para cortar las finas y duras cuerdas que sujetaban las manos de Baby a la espalda.

Se colocó entonces de rodillas, temblando violentamente todo su cuerpo. Por un instante, su mirada descendió a los muslos, donde se veían las rojas estrías de sangre. Cosa sin importancia, ya que los cirujanos de la CIA, una vez más, arreglarían el desperfecto sin que quedase señal alguna que pudiera afear la incomparable belleza de la espía más peligrosa de todos los tiempos.

Luego, una de las manitas, todavía temblando, se alzó, sujetó un extremo de la tira de esparadrapo que tapaba la boca, y dio un fuerte tirón.

* * *

—¡Jacques!

Raymond frunció el ceño al no recibir respuesta. Miró una vez más a su alrededor, pero era inútil. Estaba bien claro que Jacques Dubonné, después de clavar la tapa de la caja, clavándola sólidamente, había vuelto a los pasadizos secretos de la casa.

Lo cual tenía completamente sin cuidado a Raymond. Volvió a mirar la bien clavada caja, encogió los hombros y decidió que lo mejor era hacer su trabajo. Volvió al volante de la camioneta, la hizo retroceder hasta que quedó casi tocando la caja con la parte

trasera, y se apeó. Sin ayuda de nadie, subió la caja a la camioneta, sonriendo sardónicamente. Verdaderamente, la caja pesaba lo suyo… Cosa lógica en un cargamento que valía tres millones de dólares.

Casi riendo, Raymond dio unos golpecitos en la bien clavada tapa de madera.

—Si se marea durante el viaje, avíseme —se burló.

Segundos después, partía a buena velocidad hacia el aeródromo de Le Bourget.

* * *

Faltaban menos de diez pulgadas para que el agua llegara al techo de la celda, y los ocho hombres flotaban, cambiando de cuando en cuando una mirada angustiada. Ninguno de ellos tenía la menor pretensión de ocultar su terror. De los ocho, siete debían haber visto de cerca la Muerte más de una vez, y parecían considerar que, finalmente, la frontera entre la Vida y la Muerte iba a romperse para ellos. El octavo, Antón Dimitrov, había sido siempre un hombre pacífico, pero, por contraste, parecía considerar con más serenidad que los otros la horrible suerte que les esperaba.

Había sido Dimitrov quien había conservado la suficiente presencia de ánimo para desatar a Seminef, Borianov y Vanikov, de modo que todos podían estar nadando, aferrándose a la vida hasta el último segundo. Vegovoi, Masarian y Tomenief ni siquiera habían hecho un comentario al ver que sus cuatro compañeros traicionados quedaban en libertad de acción. Todos comprendían que la única posibilidad de salvarse los ocho era aunar sus esfuerzos. Habían golpeado la puerta, habían disparado contra la cerradura, pero nada habían conseguido. Estaba bien claro que además de la cerradura normal, afuera había un grueso cerrojo que impedía que la puerta pudiera ser empujada. Habría sido necesaria la fuerza de un par de elefantes para abrirla o reventarla.

Y así, cada vez más rápidamente, el nivel de las aguas iba subiendo, hasta que llegó el momento en que los ocho hombres sólo podían respirar con la nariz pegada al techo, aprovechando las dos pulgadas que quedaban entre éste y el nivel de las aguas. Cinco segundos más, y la celda se convertiría en un mortal recipiente

lleno completamente de agua. A partir de ese quinto segundo, ocho hombres angustiados morirían cruelmente, reventados sus pulmones…

Y de pronto, el nivel de las aguas comenzó a descender, a gran velocidad. Un fuerte remolino de succión se formó, hacia una de las paredes, que resultó ser la de la puerta. Los ocho hombres fueron succionados violentamente, juntándose con fuerza en blandos choques que alzó pequeños grupos de espuma sucia. Luchando contra aquella fuerza que los arrastraba, pudieron ver, por fin, que la puerta de la celda estaba abierta, y que por allí escapaba el agua, como en un río velocísimo, impetuoso… Todavía con el terror incrustado en sus corazones, los ocho hombres se encontraron de pie en el suelo, con el nivel del agua algo más abajo de la cintura, mirándose primero entre ellos y luego desviando la mirada hacia la abierta puerta… El agua había dejado de salir, y su nivel era, definitivamente, el del escalón más alto. Ya no podía salir más agua de aquella celda, por el momento; pero el chorro de entrada había cesado.

Durante unos segundos, en completo silencio, los ocho hombres permanecieron inmóviles, como hipnotizados. La certidumbre de que no habían muerto, de que todavía tenían una parte de Vida ante ellos, era una impresión demasiado fuerte para ser aceptada con naturalidad, con rapidez.

Sergei Vanikov fue el primero en empezar a caminar, empujando con fuerza en el agua, hacia la puerta. Pero se detuvo en seguida, de pronto, al ver aparecer en ésta a la rubia muchacha conocida por el sobrenombre de Baby en todos los sistemas de espionaje del mundo. Y se quedó mirándola fijamente, igual que los demás. Nadie tenía deseos ni fuerzas para hablar. Simplemente, miraban a Baby, a aquella chica rubia de ojos color violeta que parecía esperarlos, con una gran pistola automática en la mano derecha. La misma pistola que antes había estado en la mano de Jacques Dubonné. Sólo que ahora no tenía puesto el silenciador.

Había una sonrisa en la sonrosada boquita de la agente Baby. Una extraña sonrisa… Una sonrisa de víbora taimada y cruel, que rebosaba veneno. Una sonrisa escalofriante, helada, venenosa.

—La paloma —musitó ella fríamente— no ha sido cazada, caballeros. Pero ahora ya no es una paloma, sino un águila. Y, como

siempre, esta águila internacional dictará sus propias sentencias. Sentencias de vida y sentencias de muerte.

Apuntó lentamente con la pistola a Andrei Vegovoi. El ruso se quedó mirándola, sin parpadear. Su rostro permaneció impasible, pero aún más lívido que cuando había tenido el agua hasta la nariz.

¡Pack!

Andrei Vegovoi recibió el balazo en el centro de la frente. Saltó hacia atrás, pero frenado por el agua. Se hundió de espaldas en ésta, lentamente.

Viktor Masarian alzó una mano, crispó el rostro, abrió la boca en el principio de un grito que iba a pedir clemencia…

¡Pack!

La segunda bala se clavó en la frente de Viktor Masarian. Masarian cayó de bruces, porque había intentado caminar hacia los sumergidos escalones… Quedó un par de segundos flotando, con la cabeza hundida en el agua… Luego se hundió, pero no del todo… Parte de su espalda quedó visible en la superficie…

—No… —gimió Boris Tomenief—. ¡No me mate! ¡Nos está asesinando sin…!

Las tres balas se clavaron casi a la vez en el pecho de Boris Tomenief, en el espacio que ocuparía una moneda de centavo. El ruso que había asesinado a un francés cualquiera, a un pacífico ciudadano de la dulce Francia tan sólo para hacerlo pasar por un ruso llamado Lukas Sibinsko, murió instantáneamente, pero aún permaneció de pie no menos de tres segundos. Luego, con la cabeza caída sobre el pecho, se fue arrugando, hasta desaparecer bajo las turbias aguas de color marrón…

Finalmente, Antón Dimitrov, Sergei Vanikov, Yura Kovenko, Nikita Borianov y Mihail Seminef dejaron de mirar a Boris Tomenief para mirar a Baby, como esperando también la misma sentencia. Pero para entonces, la cruel sonrisa de víbora supervenenosa había desaparecido de los sonrosados labios. La pistola fue lanzada al agua, con un gesto indiferente.

—Ha sido muy agradable conocerle, Antón… —sonrió la rubia —. Espero que más adelante podamos aumentar nuestra amistad. Tengo la esperanza de volver a París tan sólo a divertirme. ¿Puedo tener esperanzas de que me ofrecerá su casa?

—Usted… usted puede siempre que quiera… Yo…

—Usted es honesto. Nunca deje de serlo, Antón. Ni acepte traicionar a Francia. Si así lo hiciese, yo viajaría a París…, pero no para hospedarme en su casa, sino para enviarlo al cementerio. Viva su vida con honradez. Respete a quienes le han respetado. ¿Lo entiende, Antón?

—Lo entiendo… —sonrió el ruso—. Y siempre la estaré esperando.

Brigitte asintió con la cabeza y pareció que iba a marcharse. Pero entonces sonó la voz de Vanikov, roncamente:

—¿Y nosotros, Baby?

—Vosotros, colegas, podéis volver a Moscú. O bien, continuar en París, haciendo vuestro trabajo. Pero no insistáis más con Antón Dimitrov. Él no quiere ser traidor.

—¿Va a dejarnos vivos? —musitó incrédulamente Kovenko.

—Con mis mejores deseos de buena voluntad. Cuando volváis a Moscú, decid que Baby es muy… peculiar. Os diré una cosa: mientras os mantengáis dentro de la línea del espionaje preventivo, esto es, laborando de modo que la paz se mantenga en lo posible, Baby estará siempre dispuesta a ayudaros. Cuando cambiéis ese rumbo de buena voluntad, las cosas serán diferentes. Pero mientras tanto, si alguna vez precisáis de una paloma de la paz, todos conocéis mi dirección: Baby, en la central de la CIA, Washington, Estados Unidos de América del Norte.

* * *

Diez horas más tarde, la caja de madera fue abierta, ante los dos chinos que sonreían alegremente, frotándose las manos. Pero las manos quedaron inmóviles, como si de pronto se hubiesen convertido en piedra.

—Won Chi…

—Y Enhod Jashi…

Los dos cadáveres estaban juntos en la caja. Junto a los dos chinos, altos jefes del servicio secreto de la China Roja, estaba el tal Raymond, bruscamente pálido. Por lo menos, tanto como los dos cadáveres que había en la caja.

—Pe-pero…

Parecía a punto de desvanecerse. Los chinos le miraron de

soslayo, malignamente, pero no dijeron nada. Todavía estuvieron luego durante unos segundos contemplando aquel par de rostros rígidos y fríos por la muerte. Igual que sus cuerpos, que parecían de madera…

Por fin, uno de ellos vio el sobre que había en un lado de la caja. Lo tomó, lo abrió y miró por encima el mensaje de Jacques Dubonné, en el que se explicaban las circunstancias de la muerte de Won Chi, pero acabando en un entusiasta grito de victoria por el envío de la agente Baby para que fuese trasladada a China.

—Hay algo en el revés del sobre —musitó uno de los chinos.

Efectivamente. Un corto mensaje escrito con letra temblorosa.

Decía:

«TRES MILLONES DE DOLARES SIGUEN SIENDO UN PRECIO MISERABLE POR BABY. LES ACONSEJO QUE LO AUMENTEN. MIENTRAS TANTO, LA DULCE PALOMA SIGUE VOLANDO.

Firmado: Baby».

Este es el final

—*¡Signore, signore…!*

Mamma María corría con toda la velocidad que sus frescas y abundantes carnes blancas le permitían, hacia la entrada de «Villa Tartaruga», agitando los brazos. Número Uno la vio venir, sonriendo amablemente, y se quedó mirándola expectante cuando ella se detuvo, jadeante, agotada después del fenomenal recorrido de cincuenta yardas.

—¿Y bien, María?

—*Signore*… ¡Ella está aquí otra vez!

—¿De veras? —Pareció asombrarse el espía particular—. Vaya, parece que Brigitte nos ha tomado un gran aprecio, *mamma* María. ¿Quieres ocuparte de mi equipaje? Ah… ¿Dónde está ella ahora?

—Bañándose… Está en el baño de su dormitorio, *signore*.

Uno asintió con la cabeza y se dirigió hacia la casa. Tres minutos más tarde entraba en su dormitorio, veía las ropas encima de la cama y oía el dulce canto tras la puerta del baño. Estuvo un par de segundos contemplando aquella puerta. Luego, sonriendo de nuevo, salió del dormitorio…, para regresar al poco rato, llevando una botella de champaña «Perignon 55», un tarro de rojas guindas y dos copas. Lo dejó todo sobre la mesita de laca japonesa.

—El champaña se va a calentar si tardas mucho —dijo.

La dulce muñequita de ojos azules que estaba en la bañera, completamente cubierta de rosada espuma de jabón, sonrió, igual que un auténtico ángel celestial.

—¿Ya has regresado de París? —se interesó.

—¿De París? —Frunció el ceño Número Uno.

—¿No has estado en París?

—No.

—Bueno… Como no te he encontrado aquí a mi vuelta…

—He estado en Roma.

—Ah… Roma… Ciudad encantadora. ¿Sabes, mi amor? Creo que estoy perdiendo vista.

—¿Por qué lo dices?

—Pues… Me pareció verte en París. Es una tontería, ya lo sé, pero habría jurado que eras tú.

—Ya te digo que he estado en Roma.

—Y yo te creo, querido, te creo… Nosotros nunca nos mentimos en nada. Pero te diré algo: hay en París un hombre que podría darte lecciones de espionaje. Bueno, al menos de disfraces. Un hombre estupendo. Primero, lo vi en Versalles, disfrazado de anciano. Luego, cerca de mi hotel, convertido en un elegante caballero atlético con perilla y bigotes. Después, disfrazado de mecánico que parecía reparar un coche desafortunado, vi a ese mismo hombre, en la Porte de Vincennes… Lo vi más adelante, hacia las cuatro de la madrugada, en la Rué Soufflot. Luego, convertido en un barbudo *hippie*, y conduciendo un viejo coche, en Porte de la Chapelle… Incluso lo vi, aunque me resisto a creerlo, en la ventana de una casa de Saint Denis, pistola en mano, mirándome mientras yo estrangulaba a un hombre con las piernas… Y, finalmente, lo vi, ahora disfrazado de maletero, en Orly, cuando yo tomaba el avión a Niza para dirigirme a Malta.

—Vaya… —musitó Número Uno—. No cabe duda de que es un tipo de cuidado. ¿Y dices que te recordó a mí?

—En todos los detalles. Pero, claro, no puede ser: tú estabas en Roma, ¿verdad?

—Sí… He estado en Roma… En Roma, desde luego.

—Claro… En Roma… —rió Brigitte—. Hacía frío en París, ¿no es cierto, querido?

Número Uno soltó un gruñido.

—Se calentará el champaña —farfulló.

—Eso es algo que no pienso permitir. Ah: ¿quieres ver el modelito que compré en París?

—¿Compraste algo? No me di cuenta… Quiero decir que… que no creía que fueses a comprar nada… Eso he querido decir.

—¿Cuándo aprenderás que sé arreglármelas sola? —musitó—. Te lo he demostrado una vez más, mi amor.

La besó, larga y profundamente.

FIN

Notas

[1] Véase *Su Majestad Baby*, publicada en esta misma colección. <<

[2] Véase *No me gustan los traidores*. de esta colección. < <

[3] Véase la novela titulada, precisamente, *La gran jugada*, publicada en esta misma colección. < <